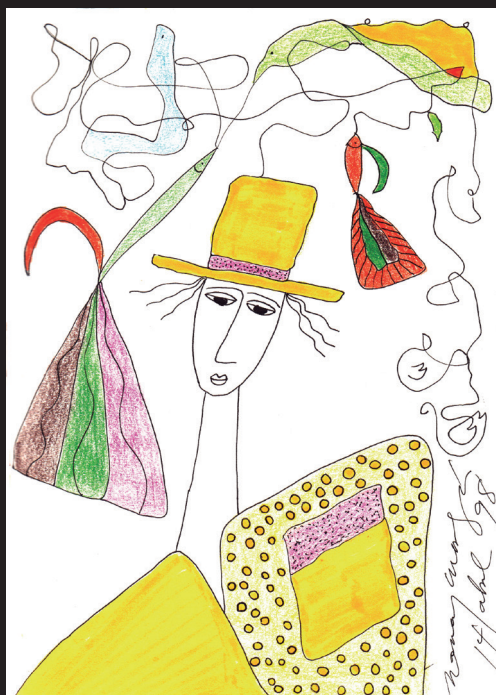


Nancy Morejón

PÁJARA DE CRISTAL, FÓSFORO Y AIRE

POEMAS ESCOGIDOS 1964-2025



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Pájara de cristal, fósforo y aire

Poemas escogidos 1964-2025

Nancy Morejón

Pájara de cristal, fósforo y aire

Poemas escogidos 1964-2025



Pájara de cristal, fósforo y aire
Poemas escogidos (1964-2025)

© Nancy Morejón

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
Caridad Tamayo Fernández

DIBUJOS DE CUBIERTA Y PORTADILLA INTERIOR
Nancy Morejón

MONTAJE DE PORTADA
Ennio Tucci

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Ennio Tucci

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2025
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal N° DC2025000952
ISBN 978-980-01-2582-3

*A la memoria de Angélica Hernández Domínguez
y Felipe Morejón Noyola, mis padres*

Restos del Coral Island

«Esa chatarra que se ve en la orilla
son los restos del Coral Island»,
decía mi padre
hechizado por las columnas de luz blanca
que levitaban de los huecos rojizos
que tal vez sirvieron de anteojos
a la proa de ese gran transatlántico
que dice mi padre era el Coral Island.
Vamos sentados en un ómnibus cotidiano,
rápido y caluroso como este mes de julio de 1986.
No quise preguntarle porque me dio un vuelco el corazón.
Un zumbido de mariposas también me impidió hacer preguntas.
Mi padre me miró de un modo peculiar.
¿Habíamos entrado los dos
a reconocernos en aquel himno del pasado?
Mi padre y yo mirándonos sin decir nada.
Yo sólo tenía oídos para escuchar el chirriar de las olas
contra los hierros tutelares del Coral Island.
Y pensé en una historia de amor,
en una pasión desmoronada sobre dientes de perro y espuma
de mar.

Una loca pasión bien muerta,
fenecida,
de la que ni siquiera se desprende ya
una columna de luz blanca
ni el portento a la vista que se llamó,
alguna vez, el Coral Island.
«Esa chatarra que se ve en la orilla
son los restos del Coral Island»,
decía mi padre sin mirarme.

Mississippi

A la memoria de Nicolás Guillén

La serpiente de agua reptaba y se mece.
Con su cuerpo de hamaca, bamboleándose.
Carabelas, fantasmas, pieles quemadas
van dibujados sobre las hojas de los sauces.

La serpiente de agua
junto a los sauces.
La serpiente de agua.

La serpiente de agua va alzando su cabeza
con una lengua bípeda y milenaria.
Un pedazo de lengua cae en el Golfo.
El otro, devorando cientos de barcas.

La serpiente de agua
entre los sauces.
La serpiente de agua.

La serpiente de agua crece y avanza
y va abriendo sus fauces
impenitentes, pálidas, voraces,
sus anillos dorados, su vaivén implacable.

La serpiente de agua
junto a los sauces.
La serpiente de agua.

Lago Waban

I

El árbol frente a mí
ayer apenas tenía un cuerpo
oscuro.
Unas horas de agua
bajo el cielo
y ya sus ramas
van abriéndose
como brazos desnudos
hacia todos los sitios,
hacia todos los signos
como niños mojados
suspendidos en el espacio
como esas hojas simples
que arman una corona verde
por los aires.
En el centro está el tronco,
amable y amarillo,
despojado de luces y de rayos,
balanceándose
siempre desnudo,
húmedo todavía
en espera quizás de nuevas aguas
o de otra nueva desnudez
que aquí llaman otoño.

II

Entre el verdor en calma
laten las hierbas sorprendidas
y respiran las ramas
el agua fina,
suntuosamente vertical,
que va cayendo desde el amanecer.
Cómo se van los ojos,
cómo quieren atravesar los ojos
la cortina de agua hecha danza incolora
bailando al compás de estos violines
que trajo Haydn por la ventana.

Caerá el otoño sobre estos verdores
diligentes, humanos, recogidos, distantes
en su difusa transparencia.

Mi verde no está aquí.

Aquí sólo puedo encontrar verdores altos
rodeando las maderas.

Y ¿si llegara hasta aquí Plácido
buscando el fondo limpio
de sus cafetos?

El otoño vendrá a limpiar
la huella inmóvil de las aguas
y los poetas callados,
en su errancia dormidos,
volverán a tomar
esa pluma volátil de los atardeceres

para cantar
la vuelta del otoño,
un otoño que ya no puede esperar por nadie...

III

Las aguas permanecen quietas
y hay una luz sobre su cénit,
altas canciones en el amanecer,
como primer fervor de los arrullos
y de las suaves ondas del lago Waban.
Las aguas están quietas
y una luz las circunda...

dios mío perdóname
qué están viendo mis ojos
de dónde sale esa cabeza negra
con rayo de tiniebla entre las cejas
levitando en el centro con rayo de tiniebla
de dónde sale
la cabeza redonda y afelpada de un negro
su pelo de lana
temblando en un ahogo
en su primer ahogo otoñal
entre las aguas quietas de este lago.

Lago Waban, tus aguas
han bañado el sueño tenebroso
de este ahogado que reaparece
en medio de tus aguas tranquilas:
un ahogado
y un güije que arrastra su cabeza

y el imposible olvido de su nombre
entre las aguas quietas
que el güije empuja hacia la orilla.
Lago Waban,
¿qué puede haber de desterrada en mí
que vengo de tan lejos
mientras extraño los violines de una charanga
inmemorial entre tus aguas quietas,
mientras camino entre las soledades del jardín?

Lago Waban,
tus aguas permanecen quietas
y hay una luz que el otoño devora.

Domingo de resurrección

Domingo de resurrección.

Ella iba vestida con un trajecillo blanco
muy radiante.

Él iba ataviado con botas de goma,
simples botas de forastero,
un sobretodo monumental
y una bufanda rancia.

Los dos iban, en un pequeño carro
de marca japonesa, una tarde bonita de abril
que era un domingo de resurrección.

Él apenas recordaba la fecha.

Ella se la volvió a enseñar
y le pedía que la disfrutara
como quien ve

a un payaso devorando un pastel de fresas importadas.

Era una tarde de domingo, de Easter,
en pleno Central Park, ¿qué digo?,
en el Parque Central de Nueva York, en el oeste,
y la avenida se llenaba de coches halados
por caballos colmados de arreos.

Hombres con fracs los montaban
sus caras redondas

como las manzanas que él había visto brillar
en los fugaces mercados habilitados al azar
en cualquier suburbio del Downtown.

Los fracs

brillaban en la tarde.

Él hubiera querido subirla a un coche
y recorrer Riverside Drive entero
y mirar al río Hudson correr

mientras a él le latía el corazón
como la manzana roja que rueda calle abajo.
Ella no comprendió el modo en que
a él se le iban los ojos hacia los coches
y los fracs.

Ella vio
una estampa de José Martí montado a un caballo
que se encabritó en el momento
en que lo esculpieron. Y le mostró
la estatua a él. Él sonrió, ladeó la cabeza
sobresaltada y puso las manos
sobre las ventanillas del automóvil
como para bajarse y entregarle
toda su nostalgia a Martí.
«Estamos locos», le dijo ella a él
y se abrazaron en un ánimo triste,
se abrazaron sabiendo que ella y él
estaban lejos uno del otro
y que podían dejar de ser nómadas sin tregua,
locos de amor únicamente perdonados
por la fuerza irresistible del aire frío.

Ante un espejo

A Sonia Rivera Valdés

Si decidieras irte de la ciudad,
de tu ciudad,
en busca de nuevos horizontes,
de fortuna
o tal vez de una pasión sin precedentes,
la ciudad, esta ciudad,
aún inconsciente de sus ruinas,
emprenderá tu acecho
siguiéndote los pasos.
Alguna tarde cálida
(tú sobre los puentes
de algún río caudaloso pero ajeno)
nuestra ciudad sepultará,
bajo un aroma extraño,
los años transcurridos
antes y después de Cristo.
No hay otro país, ni otra ciudad posibles.
Cuando haya amanecer, no habrá crepúsculo.
Si los parques florecen
cundidos de tulipanes firmes,
entonces el bulevar trae los olores
de tus seres queridos
y, sobre todo, de tus muertos.
Si decidieras irte,
el puerto y las bahías
y los Jardines de la Reina
te escoltarán con sus vapores.
Recorrerás los mismos pasadizos,
los barrios arcaicos del estruendo

con la indolencia de sus bares;
no valdrá un solo verso de Blaise Cendrars
y hasta los mismos cuartos de tu casa sellada
te cercarán con la angustiosa cadencia del engaño.
Adondequiera que te muevas
escucharás el mismo pregón de la mañana;
te llevará el mismo barco andando por la misma ruta
de los perennes emigrantes.
Nada podrá depositarte en ningún sitio.
Aunque hayas montado el mundo entero,
de castillo en castillo,
de mercado en mercado,
esta será la ciudad de todos tus fantasmas.
Habrás desgastado tu vida un poco inútilmente
y cuando ya estés vieja,
ante un espejo como el de Cenicienta,
sonreirás algo triste
y en tus pupilas secas
habrá dos rocas fieles
y una esquina sonora de tu ciudad.

Ana Mendieta

Ana era frágil como el relámpago en los cielos.
Era la muchacha más frágil de Manhattan,
iluminada siempre por las lluvias de otoño,
calcinada su historia en las más tristes celosías.
Desde un balcón, Ana abría las ventanas
para asomarse a ver la multitud pasar.
Eran siluetas como de arena y barro
caminando sobre sus pies. Eran siluetas
como un ejército de hormigas silenciosas,
dispersas en el viento perenne de Cuaresma
o en una madriguera de cristal.
Ana adoraba esas figuraciones
porque le traían remembranzas,
viejas, sonoras, dulces remembranzas
de cierto callejón del sur, en el Vedado.
Ana, lanzada al vacío.
Ana nuestra de la desesperanza,
esculpida tú misma en el cemento hostil de Broadway.
Un desierto, como el desierto
que encontraste en los orfelinatos,
un desierto amarillo y gris te alcanza
y te sujeta por los aires.

Bajo el balcón de Ana, pasan los trenes apurados
como pasaba el agua por las acequias de otro tiempo
atravesando aquel pueblito extraño
de los álamos verdes y el farol encendido.
Sobre el balcón de Ana, de noble vocación habanera,
vuelan las mariposas tutelares,
vuelan las simples golondrinas que emigran

como es usual, como se sabe, como es costumbre,
en las vastas ciudades enardecidas de confort y de espanto.

Ana, una golondrina está revoloteando sobre tu pelo negro
y el candor de ese vuelo presagiaba tu muerte

Ana

Una golondrina de arena y barro.

Ana

Una golondrina de agua.

Ana

Una golondrina de fuego.

Ana

Una golondrina y un jazmín.

Una golondrina que creó el más lento de los veranos.
Una golondrina que surca el cielo de Manhattan
hacia un norte ficticio que no alcanzamos a vislumbrar,
o a imaginar, más al norte aún de tantas vanas ilusiones.
Ana, frágil como esas crucecitas vivas
que anidan en la cúpula de algunas iglesias medievales.
Ana, lanzada a la intemperie de Iowa, otra vez.
Una llovizna negra cae sobre tu silueta.
Tus siluetas dormidas nos acunan
como diosas supremas de la desigualdad,
como diosas supremas de los nuevos peregrinos occidentales.

Ana sencilla. Ana vivaz.
Ana con su mano encantada de huérfana.
Ana durmiente. Ana orfebre.
Ana, frágil como una cáscara de huevo
esparcida sobre las raíces enormes de una ceiba cubana
de hojas oscuras, espesamente verdes.

Ana, lanzada al vacío.

Ana, como un papalote planeando
sobre los techos rojos de las casonas del Cerro antiguo.
Ana, qué colores tan radiantes veo
y cómo se parecen a ciertos cuadros de Chagall
que te gustaba perseguir por cualquier galería
de la Tierra.
Tus siluetas, adormecidas,
van empinando el papalote multicolor
que huye de Iowa bordeando los cipreses indígenas
y va a posarse sobre las nubes ciertas
de las montañas de Jaruco en cuya tierra húmeda
has vuelto a renacer envuelta en un musgo celeste
que domina la roca y las cuevas del lugar
que es tuyo como nunca.

Desilusión para Rubén Darío

Un pavo real blanco pasa

R. D.

Si pasa un pavo real por mi costado,
haré como que cuidas su figura,
sus piernas, su chasquido de patas,
su presunto caminar agobioso,
su largo cuello;

pero es que hay otro pavo real que no pasa esta vez,
pavo real modernísimo,
que azora al poeta de cabellos lacios,
de traje carcomido por el salitre del océano;

pero es que hay otro pavo real no tuyo
que yo desgarró sobre el patio de mi casa imaginaria,
al que retuerzo el cuello casi con pena,
a quien creo tan azul tan azul como el azul del cielo.

Alejandra Pizarnik entre lobas

Como si estuvieras dormida,
vas deambulando entre altos muros finos
que llegan casi al cielo, sin rumbo fijo.

Estás bordeando las entrañas de un laberinto de piedra.

Yo miro tus ojos sin lágrimas
porque, detrás de cada párpado,
anidan sueños indescriptibles y, en ellos,
una loba amamanta a sus hijos y los expulsa de su seno,
uno por uno,
con un hocico frío como la luna llena sobre los muros
mientras los va exponiendo frente al cenit de esa luz
y los incita a que deambulen,
sin cesar,
entre los altos muros sonámbulos,
siguiendo ellos también
la luz de un rayo azul, sin rumbo fijo.

Caminas, corres, en tu sueño escogido,
buscando amparo y sombra y luz.
El silencio,
cabalgando en la noche,
como un puñal sonámbulo que la luna reclama.

Tu poema es una loba aullando entre esos muros.

¿Serás tú la eterna loba contra un paisaje lunar?
O ¿serás tú la otra loba danzante
bajo la luz eterna de la luna y hasta su propia sombra?

¿Habrá dos lobas en la escena
recorriendo las dos el laberinto opaco
mientras persiguen a sus almas gemelas?

¿Cuál loba mata? ¿Cuál loba llora?

O ¿será tu escritura el disfraz de las lobas
aullando, solas, en el horizonte?

Un verso salta de la página tuya
recobrando su canto de trabajo,
deteniendo su paso ante la noche de la creación.

Una loba está aullando en la noche de 1972:

¿Alejandra Pizarnik, ven a tu espacio, ven a tu destino!
Despierta:
tu poema es otra loba aullando entre los muros.

¿Cuál de las lobas serás tú, sentada sobre ciertos papeles de seda,
cuando vuelves a armar un castillo de naipes que es tu vida?

Tu poema emprende la búsqueda de un puerto mío y,
sobre una fragata,
el agua de los mares va salpicando las arenas.
La luna hierve.
Tu voz canta en la noche antillana.
El paisaje desnudo va entrando al agua sin color
mientras un pez aletea su dolor en tu boca sedienta.

Alejandra Pizarnik, escucha:
El agua y el silencio forjaron tu palabra.
Alejandra Pizarnik mira y vuelve a escuchar tu última palabra:
Alejandra Pizarnik...

Los muertos

A la memoria de Jacques Gilard

Los muertos son la ausencia,
el olvido, lo inerte.
Una campana suena
balanceando su soledad entre las rosas.
Los muertos vienen de noche
o vienen por la tarde
a comer en las jícaras,
en los atriles,
en las gargantas ajenas,
en los clavijeros,
en la llave y en la calabaza,
en la tijera amolada,
en el cemento de las plazas,
en los olores fieros,
en el zumo,
en el hueso.
En la gota de agua
está la cara de los muertos.
En el trozo de mar que mira el transeúnte
se esconde el universo de los muertos.
Los muertos cuelgan de las horas.
Mitigan la sed de un poeta amigo.
Los muertos son.
Los muertos cantan.

El tambor

Mi cuerpo convoca la llama.

Mi cuerpo convoca los humos.

Mi cuerpo en el desastre
como un pájaro blando.

Mi cuerpo como islas.

Mi cuerpo junto a las catedrales.

Mi cuerpo en el coral.

Aires los de mi bruma.

Fuego sobre mis aguas.

Aguas irreversibles
en los azules de la tierra.

Mi cuerpo en plenilunio.

Mi cuerpo como las codornices.

Mi cuerpo en una pluma.

Mi cuerpo al sacrificio.

Mi cuerpo en la penumbra.

Mi cuerpo en claridad.

Mi cuerpo ingrátido en la luz
vuestra, libre, en el arco.

Mirar adentro

Del siglo dieciséis data mi pena
y apenas lo sabía
porque aquel ruiñeñor
siempre canta en mi pena.

Humus inmemorial

En Jovellanos, la flor de Jericó.
Madre que hallas tu vientre
por entre grillos y ramales,
esta es tu playa.

El cielo blanco surcado por los rayos.
El mar grisáceo de las bodegas
sacando a borbotones
negros amordazados,
echándolos,
entre la bruma,
sobre un puerto cualquiera.

Moza, madre que hallas tu vientre
por entre fieras y osamentas,
mira al guardiero,
celador de tus pasos,
consumirse,
cercado y preso.

Bestia de carga fuimos.

En la llanura de Jovellanos,
la flor de Jericó.
Oh la llanura del dolor
en Jovellanos.

Siempre decían

Siempre decían: «Unos lo llaman Lázaro. Otros lo llaman Babalú Ayé». Todavía hoy, no se sabe por cuál misterio, unos y otros acuden al Rincón –pueblecito extraño y recoleto cuya maravilla deslumbra a cualquier viajero– en oleadas silvestres, para clamar o darle gracias mientras colocan bajo sus pies leprosos sacos de harina inmensos y vacíos, escobas relucientes, flores moradas como nísperos, cuentas de todos los colores y muletas sin dueño. Siempre oirás que te dicen: «Unos lo llaman Lázaro. Otros lo llaman Babalú Ayé».

Los ojos de Elegua

esta noche
junto a las puertas del caserón rojizo
he vuelto a ver los ojos del guerrero
Elegua
la lengua
roja de sangre como el corazón de los hierros
los pies dorados desiguales
la tez de fuego el pecho encabritado y sonriente

acaba de estallar en gritos
Elegua salta
imagina los cantos
roza el espacio con un puñal de cobre
quién lo consentirá
si no es la piedra
o el coco blanco
quién recogerá los caracoles de sus ojos

ya no sabrá de Olofi si ha perdido el camino
ya no sabrá de los rituales
ni de los animales en su honor
ni de la lanza mágica
ni de los silbidos en la noche

si los ojos de Elegua regresaran
volverían a atravesar el río pujante
donde los dioses se alejaban donde existían los peces
quién sabrá entonces del cantar de los pájaros
el gran Elegua ata mis manos
y las abre y ya huye

y bajo la yagruma está el secreto
las cabezas el sol y lo que silba
como único poder del oscuro camino

Elogio de Nieves Fresneda

Como un pez volador: Nieves Fresneda.

Olas de mar, galeotes,
azules pétalos de algas
cubren sus días y sus horas,
renaciendo a sus pies.

Un rumor de Benín
la trajo al fondo de esta tierra.

Allí están
sus culebras,
sus círculos,
sus cauris,
sus sayas,
sus pies,
buscando la manigua,
abriendo rutas desconocidas
hacia Olókun.

Sus pies marítimos,
al fin,
troncos de sal,
perpetuos pies de Nieves,
alzados como lunas para Yemayá.

Y en el espacio,
luego,
entre la espuma,

Nieves
girando sobre el mar,
Nieves
por entre el canto
inmemorial del sueño,
Nieves
en los mares de Cuba,
Nieves.

Negro

Tu pelo,
para algunos,
era diablura del infierno;
pero el zunzún allí
puso su nido, sin reparos,
cuando pendías en lo alto del horcón,
frente al palacio

de los capitanes.
Dijeron, sí, que el polvo del camino
te hizo infiel y violáceo,
como esas flores invernales
del trópico, siempre
tan asombrosas y arrogantes.

Ya moribundo
sospechan que tu sonrisa era salobre
y tu musgo impalpable para el encuentro del amor.
Otros afirman que tus palos de monte
nos trajeron ese daño sombrío
que no nos deja relucir ante Europa
y que nos lanza, en la vorágine ritual,
a ese ritmo imposible
de los tambores innombrables.
Nosotros amaremos por siempre
tus huellas y tu ánimo de bronce
porque has traído esa luz viva del pasado fluyente,
ese dolor de haber entrado limpio a la batalla,
ese afecto sencillo por las campanas y los ríos,
ese rumor de aliento libre en primavera
que corre al mar para volver
y volver a partir.

Amo a mi amo

Amo a mi amo.

Recojo leña para encender su fuego cotidiano.

Amo sus ojos claros.

Mansa cual un cordero

esparzo gotas de miel por sus orejas.

Amo sus manos

que me depositaron sobre un lecho de hierbas:

Mi amo muerde y subyuga.

Me cuenta historias sigilosas mientras

abanico todo su cuerpo cundido de llagas y balazos,

de días de sol y guerra de rapiña.

Amo sus pies que piratearon y rodaron

por tierras ajenas.

Los froto con los polvos más finos

que encontré, una mañana,

saliendo de la vega.

Tañó la vihuela y de su garganta salían

coplas sonoras, como nacidas de la garganta de Manrique.

Yo quería haber oído una marímbula sonar.

Amo su boca roja, fina,

desde donde van saliendo palabras

que no alcanzo a descifrar

todavía. Mi lengua para él ya no es la suya.

Y la seda del tiempo hecha trizas.

Oyendo hablar a los viejos guardieros, supe

que mi amor

de latigazos en las calderas del ingenio,

como si fueran un infierno, el de aquel Señor Dios
de quien me hablaba sin cesar.

¿Qué me dirá?
¿Por qué vivo en la morada ideal para un murciélago?
¿Por qué le sirvo?
¿Adónde va en su espléndido coche
tirado por caballos más felices que yo?
Mi amor es como la maleza que cubre la dotación,
única posesión inexpugnable mía.

Maldigo

esta bata de muselina que me ha impuesto;
estos encajes vanos que despiadado me endilgó;
estos quehaceres para mí en el atardecer sin girasoles;
esta lengua abigarradamente hostil que no mastico;
estos senos de piedra que no pueden siquiera amamantarlo;
este vientre rajado por su látigo inmemorial;
este maldito corazón.

Amo a mi amo pero todas las noches,
cuando atravieso la vereda florida hacia el cañaveral donde a
hurtadillas hemos hecho el amor,
me veo cuchillo en mano, desollándolo como a una res sin culpa.

Ensordecadores toques de tambor ya no me dejan
oír ni sus quebrantos, ni sus quejas.
Las campanas me llaman...

Mujer negra

Todavía huelo la espuma del mar que me hicieron atravesar.
La noche, no puedo recordarla.
Ni el mismo océano podría recordarla.
Pero no olvido al primer alcatraz que divisé.
Altas, las nubes, como inocentes testigos presenciales.
Acaso no he olvidado ni mi costa perdida, ni mi lengua ancestral.
Me dejaron aquí y aquí he vivido.
Y porque trabajé como una bestia,
aquí volví a nacer.
A cuanta epopeya mandinga intenté recurrir.

Me rebelé.

Su Merced me compró en una plaza.
Bordé la casaca de Su Merced y un hijo macho le parí.
Mi hijo no tuvo nombre.
Y Su Merced, murió a manos de un impecable lord inglés.

Anduve.

Esta es la tierra donde padecí bocabajos y azotes.
Bogué a lo largo de todos sus ríos.
Bajo su sol sembré, recolecté y las cosechas no comí.
Por casa tuve un barracón.
Yo misma traje piedras para edificarlo,
pero canté al natural compás de los pájaros nacionales.

Me sublevé.

En esta misma tierra toqué la sangre húmeda
y los huesos podridos de muchos otros,
traídos a ella, o no, igual que yo.
Ya nunca más imaginé el camino a Guinea.
¿Era a Guinea? ¿A Benín? ¿Era a Madagascar? ¿O a Cabo Verde?

Trabajé mucho más.

Fundé mejor mi canto milenario y mi esperanza.
Aquí construí mi mundo.

Me fui al monte.

Mi real independencia fue el palenque
y cabalgué entre las tropas de Maceo.

Sólo un siglo más tarde,
junto a mis descendientes,
desde una azul montaña,

bajé de la Sierra

para acabar con capitales y usureros,
con generales y burgueses.
Ahora soy: sólo hoy tenemos y creamos.
Nada nos es ajeno.
Nuestra la tierra.
Nuestros el mar y el cielo.
Nuestras la magia y la quimera.
Iguales míos, aquí los veo bailar
alrededor del árbol que plantamos para el comunismo.
Su pródiga madera ya resuena.

Persona

¿Cuál de estas mujeres soy yo?
¿O no soy yo la que está hablando
tras los barrotes de una ventana sin estilo
que da a la plenitud de todos estos siglos?
¿Acaso seré yo la mujer negra y alta
que corre y casi vuela y alcanza récords astronómicos,
con sus oscuras piernas celestiales
en su espiral de lunas?
¿En cuál músculo suyo se dibuja mi rostro,
clavado allí como un endecasílabo importado
de un país de nieve prohibida?

Estoy en la ventana
y cruza *la mujer de Antonio*;
la vecinita de enfrente, de una calle sin formas;
la madre —negra Paula Valdés—.
¿Quién es el señorito que sufraga
sus ropas y sus viandas
y los olores de vetiver ya desprendidos de su andar?
¿Qué permanece en mí de esa mujer?
¿Qué nos une a las dos? ¿Qué nos separa?
¿O seré yo la *vagabunda del alba*,
que alquila taxis en la noche de los jaguares
como una garza tendida en el pavimento
después de haber sido cazada
y esquilhada
y revendida
por la Quinta de los Molinos
y los embarcaderos del puerto?
Ellas: ¿quiénes serán? ¿O soy yo misma?

¿Quiénes son estas que se parecen tanto a mí,
no sólo por los colores de sus cuerpos
sino por ese humo devastador
que exhala nuestra piel de res marcada
por un extraño fuego que no cesa?
¿Por qué soy yo? ¿Por qué son ellas?

¿Quién es esa mujer
que está en todas nosotras huyendo de nosotras,
huyendo de su enigma y de su largo origen
con una incrédula plegaria entre los labios
o con un himno cantado
después de una batalla siempre renacida?

Todos mis huesos, ¿serán míos?
¿de quién serán todos mis huesos?
¿Me los habrán comprado
en aquella plaza remota de Gorée?
¿Toda mi piel será la mía
o me han devuelto a cambio
los huesos y la piel de otra mujer
cuyo vientre ha marcado otro horizonte,
otro ser, otras criaturas, otro dios?

Estoy en la ventana.
Yo sé que hay alguien.
Yo sé que una mujer ostenta mis huesos y mi carne;
que me ha buscado en su gastado seno
y que me encuentra en la vicisitud y el extravío.
La noche está enterrada en nuestra piel.
La sabia noche recompone sus huesos y los míos.
Un pájaro del cielo ha trocado su luz en nuestros ojos.

Los sueños son políticos

Muy lejos, entre el mar azul que se agita como si debajo hubiera un motorcito aceitado, muy lejos, se alza una ciudad mediana.

Yo estoy del lado de acá sobre unos horcones que fueron un embarcadero. Allí estoy junto a mis padres. Detrás de mis padres, muchos negros contemplan la ciudad mediana. Tienen las caras apoyadas sobre la barbilla. Tan contemplativos los morenos que su mirada parece estupefacta. Yo también miro atentamente.

Hay otro embarcadero hacia la izquierda. Y, sobre el mar tiránico, restos de un bar. Los negros y las negras bailan arrítmicos sobre un son del Benny. Los del lado de acá miramos cada vez más sorprendidos. De pronto, el mar se agita. El bar marino se aleja y se acerca. Se cae y se levanta. Me caigo y me levanto. Todos los horcones se tambalean. Los negros somos una masa informe. Mi madre se cae y se levanta. Mi padre se levanta y cae. Tiro los brazos para sujetarlos e impedir que se sumerjan. Oh, amor. Mamá tiene el rostro sufrido y la mirada vaguísima. No se queja pero siento que padece tanto. Mi padre es el único estoico. El mar ya no es el mar; es fango. Aparecen anclas, plantas acuáticas. Los negros son obreros. Los obreros son algas. ¿Qué importa? Somos la gran vorágine. Una inmensa vorágine.

Letal

El asesino, con su pupila sin fulgor,
desde su jaula,
está lanzando su gota de vinagre
a un océano de miel.
«¡Pobre diablo!», dijeron las estrellas.
La gota de vinagre
es el dominio privado de Derek Chauvin.
El océano de miel es el alma naciente de George Floyd.
Nos quedará su boca abierta
como el vientre sagrado de una madre
en un alumbramiento sideral.

Sueño del verdugo

Después de asarlas,
el verdugo soñó con devorar las piernas
y los pequeños pies de su adorable presa.
Cuando ya iba degustando las sienes,
el pelo negro, como ciruelas pasas,
el pelo negro, inmóvil ante el viento,
todo resultó ser su mejor postre en mucho tiempo.
Derek Chauvin, abuelo de Jim Crow,
espantapájaros de todos los infiernos,
Mensajero del Espíritu Malo,
cargarás con tu cruz
sin laurel, sin aliento y sin voz,
eternamente.

Blues para George Floyd

De tu garganta saltan ríos,
inundando el fragor de la mañana;
ríos desolados
bajo una luna triste
cuya luz se derrama sobre tu cuerpo,
denunciando, sin tregua, al asesino
con uniforme policial.
Vamos alzándote, despiertos,
con un remo en el alma;
con la garganta tuya triturada,
yerto ya, desplomado,
sobre ese alquitrán negro.
Acompañados por tus ríos,
te cargamos en andas,
bajo los rascacielos,
con tu cuerpo cantando un *blues*...
mientras estás hablándole a los ríos,
fieles, así, a tu vieja estirpe,
forjada al pie de las pirámides.
Vamos alzando tu cuerpo ya invencible,
hecho de bronce y nafta y aire frío.

Vamos cantando un *blues*.

Un *blues* cantado por madres, y sus hijos.
Un *blues* cantado por hijas, y sus padres;
por niños y por niñas
con sus abuelas, en silencio,
siempre amparándonos.

Un *blues* halado por cientos de primos, a lo lejos,
sujetos para siempre al aire trágico del verano que asoma.

Y corre entre tus ríos
una lluvia de sangre derramada,
renaciendo en la nuestra,
sobre el asfalto negro
que reclama justicia.

Como un nido

El cuerpo de George Floyd es el cauce del río.

La poesía es su nido,
los pájaros sus dueños.

El cuerpo de George Floyd es el cauce del río.

Su alma es el agua que fluye, en su fragancia,
hacia los montes,
hacia la mar azul,
hacia todos los ríos...

El cuerpo de George Floyd es este río...

Entre los sauces

Yo era un cadáver seco
cuando Derek Chauvin me lanzó al río.
Sea sueño o realidad, lo único que sé es
que me lanzaron al río.
Las aguas de ese río
hierven entre mis venas
y me hacen fuerte,
 como todas las aguas de los ríos.
Y sus sauces me hacen permanecer,
 flotando para siempre,
entre las dos orillas,
a la sombra de los laureles y los cedros
y del bambú ideal.
Los cruceros vomitan cien torrentes de humo negro y pesado.
La vieja rueda de un galeón se va meciendo entre mis venas.

Danza del viento

George Floyd, tal vez,
quiso volar muy alto,
tan alto como un halcón
y en ese duro vuelo, no llegó a sus oídos,
el dulce canto del ruiseñor
pero George Floyd albergó, solo, en su pecho,
el orgullo de los leones.

Orfeo negro

Orfeo negro dormido,
beso tus gruesos labios,
escudo de las aguas del Nilo
que alumbran el camino
hacia la libertad.

Tu muerte ha inventado una brújula
incrustada en un mapa de jarcias
ya conduciéndonos
al esplendor de una igualdad segura.

Orfeo negro despierto,
beso tus gruesos labios
y, allí, reposo en su vaivén.

Balada de Emmett Till

En su palacio de cristal nace un río
y el rostro triste de un niño negro,
que se llamó Emmett Till,
levita entre las aguas.

¿Cruz o laurel?

¿Espina o flor?

¿Qué es lo que indica su silencio?

El romero en sus manos
nos señala el camino,
sus ojos derrumbados bajo el relámpago.

En su palacio de cristal hay un río.
George de las aguas, los puentes y el asfalto,
¿escuchas?

¿estarás escuchando
la eterna balada de Emmett Till?
Cantando para ti,
mientras te acuna,
estas palabras:

«Ha de triunfar la luz
y nuestra piel no será nunca más algo prohibido».

En su palacio de cristal: un río.

George Floyd defiende su horizonte

*Las pupilas no tienen
horizontes.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

Ángel o diablo, George Floyd
tenía derecho a contemplar los astros
buscando un horizonte
prestado o alquilado, o como quieran.

Hablan sobre los ángeles
las Sagradas Escrituras
cuando mientan al diablo, con desvelo.

Ángel o diablo, George Floyd
tenía derecho a tener una vida,
a contemplar los astros,
mientras buscaba un horizonte, suyo y eterno:
un horizonte.

Un príncipe negro para George Floyd

Aunque su sueño era lanzarte al Mississippi,
aquel caníbal de uniforme opaco
ha quemado en silencio su rodilla
sobre tu cuello inerte.
El humo de tu carne va subiendo hasta el cielo mojado.
Saltando entre las flores, el aire de tus bronquios
persigue su fantasma hasta morder
el colmillo sangriento del caníbal.
Y tú alientas, indómito, sobre el asfalto húmedo,
bajo la sombra quieta de un manzano
en Minneapolis,
donde colocaremos, para ti,
este brillante, este limpio
príncipe negro nuestro,
a tu memoria.

En el Cerro, 4 de junio de 2020

Somebody

Because the "Negroes" were coming down the street.

GWENDOLYN BROOKS

Eras alguien sin voz
y te escuché cantar una canción desconocida.
Eras alguien sin lengua
y ya eres un poeta.
En esta Tierra nadie había conocido tu nombre,
ni tu historia.
Ya puedes respirar. Ya tú respiras.
Has entrado a la vida, como un monarca en celo,
para revelarnos todos sus secretos...
Y te escucho decir:
«*I am somebody*», «*I am somebody*».

Parábola

Aquí yace George Floyd
traído en un coche de aguas negras
tirado por caballos dormidos.

El firmamento entero
se derrumbó a su sombra
como un polen sin salmos,
como un arroyo lento.

Aquí yace George Floyd.

Su cuerpo será un árbol
que crecerá en medio de los bosques,
en el fragor del alba
y la noche serena.

Esas hojas no caerán al vacío.
Esas hojas, en su ritual verdor,
irán cayendo hacia la tierra firme de sus ancestros,
sembrada de esperanza y helechos,
en la comarca cándida,
en el planeta entero
que habrán cambiado

para bien

de otro mundo posible.

Aquí yace George Floyd.

Hablando con una culebra

A ti también te dieron con un palo,
te estrujaron y te escupieron, te pisotearon siempre;
a ti, te mataron con delicia
y te echaron una maldición que hasta hoy hicieron cumplir.
No digas tú que en la hora de la queja
fuiste más poseedora que Angélica, mi madre.

Mas cuando entre sicomoros e hicacos
hayas iniciado tu majomía irredenta,
recuerda bien el acíbar de tus verdugos,
pon atención a las lágrimas y no a su llanto,
pon atención al puñal y no a su empuñadura,
desoye la oración y la sorda palabra del Señor
y rodéanos después de una sola mirada,
que ya te alcanzaremos animada,
y cuando despiertes de tu sueño, continuada tu stirpe,
sacúdete, pega, muerde y mata tú también
que ya vuelas y vives en tu justo lugar.

Alexander Cook*

Estoy ante la nada
como aquella adolescente
que vivía en mí sin intentarlo ni saberlo.
La nada es un relámpago
y un aviso de muerte, quizás;
la muerte de otro ser que ha vivido en nosotros mismos.
La nada es un amanecer bien frío
despojado de seres
rodeados de un rumor de hojas vivas,
apalabradas en su luz matinal.
Qué espléndida la nada, ahora,
alzándose sobre los hombros de Alexander Cook
y su infinita bola blanca
cayendo ante nosotros,
ante su infancia que termina poblada de preguntas,
cayendo al vacío,
otra vez a la nada...

* Con once años de edad, Alexander Cook escribió en su escuela de Missouri el poema «Alexander», que inspiró de alguna manera el mío: *Humorous, mysterious, expressive, and talented / Brother of Chris, Nick, and Angelique / Lover of soccer, geography, and my family / Who feels stressed, scared, and lonely / Who needs love, friends, and help / Who fears being alone, heights, and the dark / Who gives friendship, help. And respect / Who would like to see an angel, God, and Heaven*. Resident of the United States / Cook, August 30, 1999.

Madre

Mi madre no tuvo jardín
sino islas acantiladas
flotando, bajo el sol,
en sus corales delicados.
No hubo una rama limpia
en su pupila sino muchos garrotes.
Qué tiempo aquel cuando corría, descalza,
sobre la cal de los orfelinatos
y no sabía reír
y no podía siquiera mirar el horizonte.
Ella no tuvo el aposento de marfil,
ni la sala de mimbre,
ni el vitral silencioso del trópico.
Mi madre tuvo el canto y el pañuelo
para acunar la fe de mis entrañas,
para alzar su cabeza de reina desoída
y dejarnos sus manos, como piedras preciosas,
frente a los restos fríos del enemigo.

Presente Brígida Noyola

A mi abuela paterna

tú eres grano y volcán
cuarzo divino ancho
que se vuelve manchones en la lluvia

tu pelo largo negro
nace desde la frente opaca
y llega hasta la boca

menuda en el espíritu
voraz morena
eres cañón carbón descuartizado carne
hulla lastimosa de la noche

como la tierra creces tú

La cena

A mis padres

ha llegado el tío Juan con su sombrero opaco
sentándose y contando los golpes
que el mar y los pesados sacos han propagado
por su cuerpo robusto

yo entro de nuevo a la familia
dando las buenas tardes
y claveteando sobre cualquier objeto viejo

sigo sin mirar fijamente
tomando el animal entre mis manos
distráida
pidiendo con urgencia los ojos de mi madre
como el agua de todos los días

papá llega más tarde
con sus brazos oscuros y sus manos callosas
enjuagando el sudor en la camisa simple
que amenaza dulzona con destrozar mis hombros
ahí está el padre
acurrucado casi
para que yo encontrara vida
y pudiera existir allí donde no estuvo
me detengo ante la gran puerta
y pienso
en la guerra que podría estallar súbitamente
pero veo a un hombre que construye
otro que pasa cuaderno bajo el brazo

y nadie
nadie podrá con todo esto

ahora
vamos todos temblorosos y amables
a la mesa
nos miramos más tarde
permanecemos en silencio
reconocemos que un intrépido astro
 desprende
de las servilletas las tazas de los cucharones
 del olor a cebolla
de todo ese mirar atento y triste de mi madre
que rompe el pan inaugurando la noche

Presente Ángela Domínguez

A mi abuela materna

tú eres un poco más ligera
cantas con trovadores y guitarras
en la noche clarísima
clara como tus ojos
pareces enredarte entre pulsas de oro
y reconocer un navío de bambú
para llevarte algunos sueños en los brazos
y respirar ahora por la paz del sepulcro

eres la dueña de la risa

Ángela

aquí en mi cuarto

has estado todos estos años en un retrato y una flor seca
mustia para los muertos

que eres la más dulce he soñado

Richard trajo su flauta

I

sin el menor ruido
con las venas del cognac y el danzón de Romeu
se apoderaba abuelo Egües de un sillón patidifuso y tieso
«ya no queda ningún músico de mi generación
en Placetas
sobre todo la banda
una retreta mala como cará»
estamos todos juntos pero no llega el esperado
y llueve mucho fuera de la casa

cada noche reaparecen
los relatos de Juan Gualberto en la nación antigua
como el aliento de los árboles

mientras revolvíamos los discos

«la batería es lo que lleva el suín»

truenas y llueve
y llueve para ahogarnos a todos con nuestros respectivos
catorce o quince años
ahí la muerte y luego ¿dónde estaremos todos?
miramos por la ventana frente a la estrecha calle
de la iglesia de San Nicolás
(nunca nos gustaron los curas)
es la hora de comida y picamos el pan
y tomamos cerveza

II

«el piano está en la sala»

la oportunidad del piano en la sala
bastaba para que distinguiéramos
todo lo demás
toda la sala no es grande sólo el lugar del piano

«¿qué te parece si oímos un poco de música?»

allí acudimos todos sin excepción

las buenas tardes o las buenas noches
embargan el pensamiento
estamos juntos todos ¿qué más?
juntos únicamente
aunque el cuerpo irritado de abuelo Egüe
sus espejuelos
quieran acolcharnos y enseñarnos
todos los golpes de la flauta
además del solfeo

y buena sangre por supuesto hace falta
para atender las notas musicales
y sin saber por qué
la lejanía y la atención de uno o varios de nosotros
se hacen patentes a esta hora
a este instante de sonido y disciplina secular

«el piano está en la sala»

(es lunes y algunos de nosotros ha encendido su vela
gran vela semanal para eleggua
no hay nada que decir
sólo tomar una botella de ron al lado de la puerta)

todos virtuosos y de buenas costumbres
las niñas con las manos cruzadas
los niños practicando solfeo
refunfuñando del violín pegajoso y alcohólico
la pequeñez de todos nuestros actos se resumía
en saber si reconocíamos fácilmente un cuadro de Picasso
si los latinos si los negros vivían mejor en Nueva York

habíamos comprado por encargo del primo mayor
a Count Basie, Duke Ellington y el trío Nat Cole
y era posible obtener para diciembre
el concierto para flauta de Mozart

en toda la maravilla de la sala descansa el piano

una serpiente se levanta ahora al caer la noche

es el momento

la aparición de los relatos

III

el día que las dos viejas disecaron dos pájaros
 en algún sitio de un museo
regresamos vacíos deseosos de escuchar la música del siglo
la felicidad consistía en todo aquel placer de escuchar
 sometidos a la hegemonía de una magia

para mí era primera vez
primera vez
primera que reconocía un clarinete tan feroz
 tan ahumado
 caliente
gracias a abuelo Egües aquella era la llegada de una era
para nosotros la infancia revivida
 comenzada tan sólo

sólo aquel clarinete como un puente

(y la mirada cobriza de Gladys con unas cuantas libras más)

teníamos necesidad de escuchar cada soplo
el trac de la aguja embadurnada de viejo polvo
Mozart y Europa reían muy lejos
pero también nosotros bailábamos desesperadamente
al escuchar un timbal un bajo una trompeta un güiro una
 flauta
reunidos en campaña
o al escuchar los golpes de los parches nacidos del mismísimo
 fuego
era la primera vez la gran primera vez
y todo el silencio se reducía a escuchar
 a escuchar

IV

estamos todos juntos

suenan la música

felicidades Gladys

Gladys
pero Gladys no baila

no

eso jamás

pronto hablábamos todos al unísono

«los zapatos más lindos son los míos, querida»

los ojos zarandeaban la mesa y el cuadro del cisne blanco

sentíamos el peso de la tarde

a veces había ganas de gastarlo todo
posible o imposible
en fin papá sabría

ganábamos el apoyo de abuelo Egües
con sólo dejarle esclarecer la casa
y que nos contara la época de los años mozos

acabábamos luego metiéndonos en la cocina
tratando de dominar la casa desde allí
y después regresar a los libros
cuánto deseo de devorar los diccionarios
y en mirarnos cara a cara
para saber más tarde que iríamos unos
a la vida
otros a la viva muerte
a la locura y otros
a desencajarse al lado de un Garand o un Máuser

VI

si mirábamos nuestra piel volteábamos la vista
hacia el televisor
allí habría al menos diversión gratuita
si mirábamos nuestros dientes comenzábamos a reír como
locos
hiriéndonos de a porque sí

si abuelo Egües destornillaba un aro
o se quejaba de inigualable artritis
entonábamos el himno a la elegancia
ahogándonos en gestos tratando de no escuchar la reprimenda

si llegábamos dementes a la clase de francés con Zaira
—un poco tarde—
allá iba la negrona lavandera a denunciarnos
públicamente:

(«la educación de la Niña tiene que estar primero que su
propia cabeza»)

si hablábamos de los ojos de Jorge
alguien soñaba también al lado nuestro
y discernía: «es hijo del doctor Milián»
si nos miraban otros vecinos
negros como nosotros casualmente
entonces
«no hay por qué preocuparse son así en estos casos»
y en fin
todo aquel devenir aquella sala todo el piano
se nos vienen encima

como el que extraña a un familiar ajeno y muerto

VII

el sol caía en el parque atiborrado de fiñes
muchos velocípedos
yo acompañaba a Gladys a dar el paseo
de todas las tardes
muchísimo ruido
y me preguntaba entonces cómo eran mis padres
si volaban de noche
si se les abría un hueco en la garganta al nombrarme

el calor sofocaba la tarde
Gladys y yo como de costumbre
solicitábamos el cine
salir a comprar numerosos inmensos vestidos
para darlos al cielo

«hay que ser elegantes»

regresamos a casa

VIII

los orishas nunca se hicieron eco de nuestras voces
sabíamos que rondaban la casa
y que amedrentaban como güijes toda la maldición

alguien estaba o residía
soberanamente
un simple palo o bejuco era su atmósfera
soplar por él con toda la fuerza de un negro enamorado

los orishas oscilaban tranquilos alrededor de los dedos
los dedos de la mano derecha disminuían el ritmo
lentamente
el esperado trae su flauta

todos pedíamos su presencia alrededor de la mesa caoba
el oro del hogar se derrumbó sobre sus hombros
misteriosamente
maravilloso estar entre nosotros Richard
con esa flauta sola

Un primo

Callejón, regresé.

Sólo en ti la compasión hallé.

CANCIÓN POPULAR

La calle tiene nombre, un nombre oscuro, sin importancia,
como su propia desembocadura,
madura y bien abierta y desdentada.
al final no hay luz sino la luz que salta desde la piel oscura
de mi primo Fernando.

Estamos hablando pero no hablamos
porque nuestro silencio se parece,
nuestro silencio es casi igual
al silencio de las fogatas en Malawi,
silencio que perdura y alienta en nuestro poros
pero nosotros sin saberlo,
sin sospechar que ese silencio
es nuestro sólo porque lo trajo algún antepasado
tan nuestro como el propio silencio de la bodega entumecida
que logró atravesar las dos orillas
y el paso de los vientos.

Un día de octubre,
cuando explotó un velero en la bahía de la ciudad
y el ruido de los misiles extranjeros
quebraba el tímpano de las lavanderas
en el solar sin pulso y sin olvido
mi primo Fernando salió de la calle Cristina
—una calle ancha, la calle más ancha de los alrededores—,
tumbada casi siempre por los aullidos de los mataderos cercanos
y el silbido implacable de los ferrocarriles.

Mi primo Fernando, junto a mí, extraña los bucles insensatos
de una prima remota y el olor de las panaderías
de la esquina de Toyo, el aroma del ajonjolí
y los domingos de carnaval corriendo como liebre dormida
entre las filas de La Mojiganga.

Mi primo Fernando me cuenta todo esto sin comprender ahora
el vaivén presuroso de las bicicletas,
sin poder comprender el libre acento de las mariposas
sobre las percas de cerveza.

Hemos llegado a una colina chica en Tallapiedra.

Para el tren de Santiago
y mi primo Fernando se seca el sudor de la cara
con una inútil servilleta de papel blanco
que está espionando todos mis sentimientos.

Fernando y yo,
ante un vórtice de lágrimas negras.
Fernando y yo por la calle Empedrado.
Fernando y yo, reconociéndonos
en el humo especial de los telares de Muralla en agosto.

Mi primo Fernando
con diez tarjetas de crédito
en el bolsillo
pero sin zapatillas, sin aire, sin idioma;
«Tuve que irme también de la ciudad
en donde viví por más de veinte años.
No soporté y me fui más al norte,
a un barrio de italianos, empacadores de carne,
que tampoco entendieron mi vida».

Mi primo Fernando en su futuro nómada
obsesionado todavía
por el silencio de las fogatas.

El café

Mamá trae el café desde remotos mares
como si la historia de su vida
rondara cada frase de humo
que se entrelaza entre ella y yo.
Inusitada del amanecer, sonrío.
Y saltan sobre su cabello de azúcar
las pulseras de oro.
Y el hilo sobrio de su infancia
pervive entre las dos.

Quisiéramos un alto flamboyán de la montaña
a cuya justa sombra durmiese el trovador.

La silla dorada

A la memoria de Loló Soldevilla

Soy una mujercita sin rostro
sentada en la punta de una roca,
hacia la parte inferior de un paisaje
donde se encuentran un río y dos mares.
No puedo dejar de contemplarlos:
un río para dos mares, dos mares para un río;
hasta que el grito del alcatraz,
más allá de las nubes, los despierta.
No sé hablar ni tengo manos.
Un látigo inmemorial las fue cortando poco a poco.
Y apenas reconozco las nuevas palabras aprendidas.
Apenas tengo lengua para los buenos días
y las buenas noches.
Todo es inmensidad a mi alrededor.
Todo es inmenso como mi pelo de ciclón
y la bestialidad de mis abuelos:

Mi abuela Brígida, ahogada en la tinta de los notarios,
pero invencible, rumorosa y pequeña;
tatuada en la memoria de las codornices,
allá en Ciego de Ávila;
fija en la furia de las turbinas
donde anidara Felipe Morejón Noyola;
fija en la memoria de Aida Santana, con su hacha de miel;
fija en mi propio corazón.

Mi abuela Ángela, vapuleada y cantando,
diezmada por veinticuatro partos,
echada a los solares con su triste canción,

echada a los perros,
echada a la muerte precoz e inmerecida,
como todas las muertes precoces,
pero cantando una canción sin nombre
en una comadrita, junto a María Teresa,
con sus trovas fascinantes que me las quiero aprender.

Muertes de mis abuelas
que nunca conocí.
Muertes de mis abuelos depredadores
que nunca tampoco conocí.

El follaje de los sauces calma mi inquietud.
Los pájaros están piando.
Sentada ante esta espuma,
salpican los recuerdos del Colegio Academia Laplace:
La mejor alumna de cuarto grado
representa a un travieso pollito negro
cuyos hermanos eran todos pollitos amarillos
pero el pollito negro era el desobediente,
el transgresor, quizás el real culpable.
Aquella misma alumna
—imposibilitada de estudiar en La Sorbona
gracias a algunos criterios adversos, sabiamente escondidos
y, sobre todo, gracias a la trampa de diversos tiñosos,
interesados en probar la inconveniencia
de que un pollito negro pudiera osar pisar París—
nunca pudo dejar de ser,
nunca dejó de ser aquel pollito negro.

Soy una mujercita sin rostro.
Vino el viento de julio.

Me habían predestinado una escoba muy vieja y un sartén,
el último puesto en la fila,
el tapabocas y la más inconsciente sumisión.
Me dieron fuerte.
A mí también me dieron con un palo.
Benditos la escoba vieja y el sartén,
el último puesto en la fila,
el tapabocas y la aparente sumisión.
Soy una mujercita sin rostro
sentada en la punta de una roca
y aúllan los güijes en la noche
estremecidos por el viento de julio.
Soy quien soy sobre una silla dorada.

Nexus

El fin de los viajes...
fue la primera oración
y ya no quiso continuar
el resto de las palabras:
Odio los viajes y los exploradores
y, sin embargo,
necesito contar mis expediciones.

Así comenzaba el pergamino
que Claude Lévi-Strauss
iba a convertir luego
en el inmenso umbral de *Tristes tropiques*.
Trópicos tristes en las historias del mundo pobre,
trópicos mudos, borrachos de sol o de neblina londinense.
... y, sin embargo,
necesito contar mis expediciones.

Paró de leer esa primera página
y fue posando sus ojos
sobre una piragua abandonada en el muelle.
Había una luz mortecina
como si no estuviera en La Habana;
como la luz de un túnel
huyendo hacia el Mar Báltico,
al encuentro de suaves nieves nórdicas,
al conjuro de blancas y suaves nieves nórdicas;
como una negra luz
que intentara ir saliendo
de cualquier otro amanecer.
Iba bordeando la Alameda de Paula.

Casi toca los mástiles oscuros del astillero.
Una enorme línea de barcos le da los buenos días.
Su alma peregrina había atracado allí, sin darse cuenta
frente a las chalanas
y a la piragua
y a un gran barco ebrio llamado NEXUS
balanceándose todos bajo la lluvia inmóvil.

Iba bordeando la Alameda de Paula.
Era un septiembre pardo.
Corría un agua de arroz entre los adoquines
y vislumbró, a lo lejos,
la gorra azul de aquel estibador,
hijo de Tito y Brígida,
concebido en las turbinas de Ciego de Ávila,
Felipe Morejón Noyola,
marino ágil y negro fiel
de estirpe indescifrable,
cargando sacos vacíos
mientras bordeaba la Alameda de Paula;
anudando sogas mojadas por el mar
y más sogas mojadas por el mar,
bordeando la Alameda;
oh, tristes trópicos;
silbando absorto frente al letrero
de un cierto navío llamado NEXUS
anclado en la memoria
de los pocos transeúntes vistos.

Pero lo que importa ahora
no son los sueños de aquel estibador
de los trópicos tristes;
lo que importa

no es el fantasma errante y sin cabeza
que intenta refugiarse en el portal del sindicato;
lo que importa
no son las cejas espesas de Aracelio Iglesias,
rey de la estiba y amigo del alba,
bordeando la Alameda;
lo que importa, oh, tristes trópicos,
no es su sombrero sin color
sino sus manos levantadas
clamando una vez más en un aullido sordo,
volando acribillado, oh tristes trópicos,
sobre las manchas de petróleo
que la eslora del NEXUS
suspende entre las aguas.

Obrera del tabaco

Una obrera del tabaco escribió
un poema a la muerte. Entre el humo
y las hojas torcidas y secas de la vega
dijo ver el mundo en Cuba.
Era el año 1999... En su poema
dijo tocar las flores
formadoras de una mágica alfombra
que circunvolaba la Plaza de la Revolución.
En su poema, esa obrera
palpó los días del mañana.
En su poema, no había penumbras sino lámparas energéticas.
En su poema, amigos, no había Miami ni reclamaciones;
no había mendicidad,
no había ruindades,
ni violaciones de la ley laboral;
no había interés por la Bolsa, no había lucro.
En su poema, había astucia militante, lánguida inteligencia.
En su poema, había disciplina y asambleas.
En su poema, había sangre hirviendo del pasado.
En su poema, había hígado y corazones.
Su poema era un tratado de economía popular.
En su poema, estaban todos los deseos y toda la ansiedad
de un revolucionario contemporáneo suyo.
Una obrera del tabaco escribió
un poema a la agonía del capitalismo. Sí, señor.
Pero ni sus hermanos, ni sus vecinos,
adivinaron la esencia de su vida. Y nunca supieron del poema.
Ella lo había guardado, tenaz y finamente,
junto a unas hojas de caña santa y cáñamo
dentro de un libro, empastado,
de José Martí.

Una rosa

Los ojos de Abel Santamaría
están en el jardín.
Mi hermano duerme bajo las semillas.
Santiago alumbra
la frescura del tiempo
que nos tocó vivir.
Un niño baila
el dulce aire de julio
en la montaña.
Alguien escucha su canción
bajo el estruendo puro
de una rosa.

La noche del Moncada

*La noche era más linda, era como algo que merecía verse
toda la vida, y a lo mejor que no la veríamos más.*

HAYDÉE SANTAMARÍA

Pasaron treinta años.
Como pasan los cometas en el espacio.
Pasaron treinta noches exactas
y aquella noche fue más noche
porque, tal vez, sería la última
o la primera noche de una época estrenada.
Los ojos de Abel pudieron contemplarla todavía.
Hasta hoy llega el perfume
de la noche silvestre, duradera,
entre las hierbas de la granjita Siboney
y el brillo de los fusiles navegando en el pozo del patio.

Hasta hoy se escuchan los disparos
que median entre aquella noche grande
donde unos jóvenes comieron, cocinaron, cantaron
y nos hicieron una noche más dulce.
Pasaron treinta años, treinta noches del trópico
y pensar que esta noche yo vivo el privilegio
de contemplar otra noche tan linda,
sin más ni menos luna, sin más ni menos ansias,
otra noche tan grande,
que vive en el aliento de la libertad
mientras respiro esta, aquella noche,
que merecía verse toda la vida.

Abril

Esas hojas que vuelan bajo el cielo,
quieren decir la lengua de la patria.

Estas aves que aspiran
la lentitud hostil de la borrasca,

ya saben que en abril se precipitan
todas las agresiones.

Oh pueblo en que nací,
así te miro fiero, junto al mar;
este polvo que piso
será el huerto magnífico de todos.
Y si caemos otra vez
se alzarán los huesos en la arena.

Aquí están nuestras almas
en el mes imprevisto, en abril,
donde duerme la Isla como un ala.

La claridad

A la manera de un poeta romántico...

Para Roberto Fernández Retamar

Cántame, pájaro que vuelas
sobre el espacio austral
que desconozco. Húndete
en mi sed de persona
y pósate en los dedos
que conforman mi mano.
Iremos a la floresta,
después que la lluvia
haya posado su cansancio
en la tarde. Después
que el sol haya alzado
su cabeza dorada
a través de las sonantes
hojas verdes.

La tarde es una sola,
en Greenwood o Almendares.
La puerta blanca de mi alcoba
se entreabre ya.
Rayos solos de luz
se cuelan desde allí,
alcanzando mis pies en reposo.
¡Qué humedad la que deja el chubasco
en el verano!
Este mediodía, que ya deja de ser
por el canto de un pájaro,
se esfuma con el tiempo.

Naces y mueres, claridad.
Nacemos y morimos
en esta isla de la borrasca.
Ven hacia mí,
ay, cántame, pájaro de Cuba,
en la frescura de la patria.

Alfombra

Para Lourdes Casal

La idea del poema
entra por la ventana,
perfumada quizás, sin avisarme.
¿Logré acaso engañar
tanto anhelo extraviado...?
Es como si una alfombra,
como si alguien me pusiera
a los pies una alfombra
y firme ya pudiera emprender
limpio vuelo, con la benevolencia yo
de aquel lector cuyo sueño anidaba
la lectura de Boti...
No puedo...
Oh sueño firme,
oh velámenes claros hacia mi cuerpo rojo...
Y la idea del poema
ya no está,
ya no está.

Nunca vi grandes lagos

En esta isla que me viera nacer,
nunca vi grandes lagos,
o breves lagos verdes,
o amarillos,
o simples lagos límpidos
en el centro del valle.

Mas cuando silba el huracán,
mis ropas se desgajan
y el nudo en la garganta,
y el salto que sube hasta los sesos,
y el nido de mis gorriones
revuelto, húmedo, vacío...

Paisaje célebre

Ver la caída de Ícaro desde la bahía de
azules y verdes de Alamar.

Un valle al que se asoma
un misántropo encapuchado.
Árboles frutales alrededor de las aguas
y un hombrecillo, solo, arando sobre ellas
hasta incorporarse al arcoíris.

Ese hombrecillo
es un pariente de Brueghel, el viejo, hermano mío,
que pinta la soledad del alma
cercada por espléndidos labradores.

Es el atardecer y necesito las alas de Ícaro.

A un muchacho

Entre la espuma y la marea
se levanta su espalda
cuando la tarde ya
iba cayendo sola.

Tuve sus ojos negros, como hierbas,
entre las conchas brunas del Pacífico.

Tuve sus labios finos
como una sal hervida en las arenas.

Tuve, en fin, su barbilla de incienso
bajo el sol.

Un muchacho del mundo sobre mí
y los cantares de la Biblia
modelaron sus piernas, sus tobillos
y las uvas del sexo
y los himnos pluviales que nacen de su boca
envolviéndonos sí como a dos nautas
enlazados al velamen incierto del amor.

Entre sus brazos, vivo.
Entre sus brazos duros quise morir
como un ave mojada.

Un patio de La Habana

A Gerardo Fullea León

Un patio de La Habana,
como pedía Machado,
es caro a la memoria.
Sin altos muros,
sin esa lumbre intrépida
del arcoíris,
sin la flor andaluza
que tanto abuela reclamaba
en los búcaros...

Un patio de La Habana
conserva huesos de los muertos
porque ellos son anchos tesoros,
viejas semillas de labrador.

Un patio, ay, de donde sale
tanta estrella.

Alicia Alonso

Asida entre la luz y el mundo,
leve y profunda,
se adelanta la cabeza gentil
de Alicia Alonso.
¡Qué sinsonte a sus pies!
¡Qué murmullo del pino!
Soñando junto al tiempo
aclarado y feliz,
se adelanta su sombra,
como un suave noviembre,
como un suave noviembre después.
Aparecen los hilos de la lluvia
y Alicia gira y gira
con aliento de brizna tal vez.
He aquí su espacio eterno.
Vamos. Silencio.
Ella baila entre el don y la espuma,
entre la flor y el mito,
en el misterio.

Pogolotti

Para Graziella, por supuesto

Antes de ser el nombre de un pintor,
de un gran pintor cubano,
Pogolotti, en mi infancia,
era una rústica ruta de malezas
que conducía a una casona alta,
larga y profunda,
con un patio de cercas de madera
acartonado por calabazas y yagrumas lentas
y un olor excitante a chilindrón de chivo.
En Pogolotti pasé tantos domingos
de quimbombó bajo los mangos,
de azúcares y miel para recién nacidos,
de «no se vayan todavía
que ahorita viene Silvio
para que vea a las niñas».
Todo cantaba al mediodía
cuando las chimeneas de las pequeñas fábricas
ascendían con sus humos
como una plegaria contra la intemperie
y la necesidad escondida.
Me abrazaba madrina
y yo miraba hacia la calle sin asfaltar
mientras pasaban los estibadores sin empleo,
los estibadores fustigados por el silbido industrial del *ferry* en
los muelles.

Como en los murales mexicanos,
el aire se hacía aristas,
las aguas hervían en un fastuoso plenilunio,
el plomo de los torneros caía en el alma

como una sangre desplomada al vacío.
De pronto, muchos años después,
aquellas chimeneas,
aquellos músculos selváticos,
se dieron a la fuga para siempre
y fueron encontrados,
infinitos domingos después,
en los cuadros de Don Marcelo,
adormecidos en su vigilia soñadora,
en mi infancia lejana,
entre la vanguardia y las aulas,
entre Marinetti y Prévert,
entre el pasillo umbroso de un museo
y el patio de las chivos.

Escrito, al final del siglo, para una semblanza de Camila Henríquez Ureña

A Astrid González, condiscípula

El fragor de las aves acompañaba a Camila Henríquez Ureña desde La Puntilla hasta los jagüeyes de la calle Zapata. Tal parecía que todos los Adelantados de la Conquista pavorosa se aglutinaban ante las escaleras de la Universidad para que la hija de Salomé Ureña entonara el verso medieval:

*Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va*

Así nos sorprendía Camila, cada tarde,
alzada entre las lluvias tropicales;
contándonos las peripecias de Telémaco
así como la intriga entre Penélope y los pretendientes,
la historia de las aventuras de Odiseo
en el mar y en otras tierras, en fin,
su llegada a Ítaca y la matanza de los pretendientes
mientras iba detallando las causas del talón de Aquiles.
Siento su piel cobriza, sus ojos avispados.
La vuelvo a ver alta como el humo,
derecha como su voluntad femenina,
con una sonrisa que amainaba los vientos,
con ese andar certero
de aquel que busca en las estrellas toda la sabiduría,
todas las gamas de las humanidades.
No había recurso literario, no había pasaje famoso
que no contara con su anuencia.
Camila Henríquez Ureña
viene de una tradición desde donde las letras

se hunden en el polvo de la tierra
descubierta a cada golpe del viento,
a cada batir de alas, a cada escozor.
Se asomaba a cualquier aula, a cualquier hora,
y entraba por el horizonte una luz extraña,
lejana, cayendo desde su boca que traducía del alemán
—como si sólo estuviera leyendo a sus alumnos—,
capítulos enteros de *Los nibelungos*:
las hordas de los vencedores tronando en medio del atardecer,
a la sombra de los jagüeyes.

Camila leía.

Camila invitaba a la lectura. Investigaba el peso muerto
y el paso vivo de los griegos y de los romanos
y de las Termópilas. En su voz suave,
la *Paideia* era un himno primero
de una cultura más que primera
y nos hacía saber
que ninguna cultura es más funcional ni más hermosa,
ni más transparente que otra,
sino que cada una se estremece trasvasándose
a esa última cultura necesitada por todos
sus sensibles hacedores y aun por los insensibles.

Las princesas carabalíes
se bañan en las aguas del Artibonite
y bailan una mascarada de plumas
en Quisqueya.

Nunca alabó a ningún capitán,
o a esos guerreros ciegos de epopeyas antiguas,
por haber empuñado una daga o una bayoneta
sino por haber enarbolado un sencillo escudo de hojas verdes
anegado en el rocío de la mañana próxima.

Camila hablaba de las literaturas europeas
porque defendió, y por eso las enseñaba,
a las literaturas infinitas de la humanidad toda.
No nos encaminó a apreciar la literatura
limitada a la palabra escrita.
Para ella, un concepto exacto de la literatura
debía abarcar la literatura oral
«como lo hace la palabra alemana *wortkunst*,
arte de la palabra.
Porque la forma literaria,
como el lenguaje humano en general,
es *oral* en su esencia. La letra es contingencia».

Estábamos desprovistos de arco y flechas.
No conocíamos a Horacio,
ni el carácter *dolce* y *utile* de las letras.
Camila nos hundió en el valor del conocimiento,
en las aguas del Artibonite y en las de la *imago*.
Ya nunca más salimos a flote sino que respiramos
en sus cuevas marinas una sal de medusa incomparable.
Permanecemos sumergidos
como una nueva catedral
en el centro de los corales.
Las corrientes llevaban la dirección de las flechas
y un manatí abría sus fauces
(«Platero es peludo...»)
para devolvernos las imágenes ciertas
de la poesía que Camila elogiaba.
Ya entonces iba preparándonos para la fundación de la imagen.
Y el viejo romancero –peregrino en su hechura,
pastando en su verde pradera que quisimos–
alienta en las orejas de los alumnos
y en sus almas.

Camila trae unas velas y un halcón del Conde Arnaldos
planea sobre su cabeza.
En su agenda: el pañuelo de Desdémona,
una calle de Londres
por la que transitan Ricardo III y Falstaff,
que Camila amaba,
porque, sibarita, predicó el gusto por la vida
y el amor por las delicias de la carne.
En su voz, Lady Macbeth enardecida,
escondiendo el puñal,
urdiendo la política de su siglo.
Hamlet gimiente bajo la falda de Camila,
temeroso como los dementes temen al viento de Cuaresma.

Las princesas carabalíes
se bañan en las aguas del Artibonite
y bailan una mascarada de plumas
en Quisqueya.

Oigo que nos susurra a Edipo Rey.
Oigo a Camila llamando a Esquilo, a Sófocles, a Eurípides
y, en medio del coro griego,
el anhelo de amparar la ventisca
en Santiago de los Caballeros.
En la glorieta del parque principal
de una aldea polvorienta,
se escuchan los redoblantes,
las trompas municipales de una banda
entonando el compás de un danzón
espumoso, tranquilo, sediento.
Un personaje sin nombre ni hoja clínica
la toma de la mano
y la va conduciendo hacia los claustros

de la Catedral de Santo Domingo,
y suenan los sonos de los alrededores
que hacen retornar a Camila y a Edipo
a una universalidad «trémula y sola».
Fue a Camila Henríquez Ureña
a quien oímos alabar,
en los pasillos de la Escuela,
las fabulaciones de Borges
y el fortísimo acento italiano de Cristiani
y la fugacidad de Beatriz Viterbo.
Camila abría las ventanas
y no sólo irrumpían los soles del Ecuador
sino los rumores de los ultraístas
(Huidobro a la cabeza y Neruda y Gabriela,
y aún el rinoceronte que se autonombró Pablo de Rokha,
y las aspilleras de Violeta Parra),
y el Orinoco ameno,
y la pampa endiablada.
Entonces Camila nos hacía volver al rito,
a la semilla del teatro.
«El teatro nace del rito
y no ha perdido nunca del todo su sentido ritual».
Milagros, misterios.
Camila es un aroma de abril
que ha estado en una cava al cabo de cien años.
Hamlet lo aspira mientras crece la hierba.

*Esto fue escrito por Nancy Morejón, antillana, y alumna de Camila
Henríquez Ureña, en abril de mil novecientos noventa y cuatro.*

El verano se fue

Un gran abrigo de hojas verdes,
hojas enormes y pequeñas,
con cabezas y extremidades
de un bestiario sin nombre
así me ampara
y me acaricia
este verano singular
donde navega
el recuerdo de una pequeña lancha de madera,
frente a las sombras
de la Alameda que se nombra Paula
en el muelle de Regla.
Un abrigo de hojas verdes
meciéndose con su mismo destino
en su impecable adiós.

El sueño de la razón produce monstruos

Como en los tiempos de Netzahualcóyotl,
no estoy sobre un lecho de rosas.
Ya sé que las quimeras han sido despreciables.
Y que las rosas malsanas se escurren entre los pergaminos.
Así, el sueño de mi razón produce monstruos:
Majá, arrulla tú la dialéctica caca del mosquito.
Mi querido alacrán, derrocha tu
sensibilidad sobre mi acto de poesía.
Únete al proletario y a su ojiva nuclear.
Liebre, quédate en mí; no hables tu secreto, ala de tiburón.
Junto a la yesca, cocotero, emprende tu vuelo nocturno.
Que bufe el gorrión. Que silbe la culebra.

Monstruos de mí,
tienen ustedes la nobleza que la época
requiere. Han aprendido a ser lo que no son y lo que son.
Ustedes practican la teoría.
Digán, como les venga en gana, la Forma y la Belleza,
la dulce psiquis de la razón hecha sueños y bríos.

Que el mamut y el ciervo que no vi, entren atronadores a mi
barrio

Nélida

A la memoria de Ángel Roberto Hernández Riverend

Era la brisa de la primavera
y Nélida, callada, se asomaba al balcón,
todos los días.
Siempre fue así.
Y Nélida, como en las tarimas del mercado,
asomada al balcón.

Así era siempre.
Nélida recostada a las barandas
de un vetusto balcón sin dueño
hablándoles en la madrugada
a las voces del pregonero
sin que su voz llegara a mis oídos.
Apaisada, desde su densa piel,
iba saliendo un humo hasta la luna.

Era la brisa de las Misiones
tocando a cada puerta,
preguntando por la sombra de Nélida, pequeña,
enredada al balcón,
con una flor junto a la sien.
Así estaba por siempre, acodada al balcón.

Pepe Romera pasaba cabizbajo.

Pasaba Hilda Menchaca
sin levantar sus ojos del portón.

Pasaban todos bajo la enramada
sumergidos sus cuerpos en un río de sonidos.

Pasaba una brisa de mar
clavándose como una cicatriz.

Siempre fue así.

Chiquitica ambulante
atravesando la parlante barbería de los Taylor:
sobre la esquina el espejo y el dril del primer Guillermo.
Manrique con su más antigua barbería
con Guillermito adentro, menor y acompañado;
con su bata blanquísima y la esquina;
Manrique con sus rejas chirriantes
como gatos mojados por un agua del cielo.

Un buen día
esa brisa del mar paró su rumbo
para asomarse a los balcones de Manrique
de una mujer tostada por el sol,
de una mujer con sombra y sin canteros,
una sola mujer, pequeña y sin palabras,
a quien llamaban Nélida todos los que pasaban
los que volvieron a pasar,
los que pasamos y seguimos pasando
bajo el balcón de Nélida.

Paso y reclamo su vista fija en el andamio.
Nélida con sus brazos de ahorcada.
Vuelvo a pasar buscando un arcoíris.
Paso de nuevo y, al pasar, levanto la mirada
y paro yo también
para buscar refugio sin tampoco saberlo
en el balcón de Nélida
—ya sin brisa marina,

sin su Manrique y sin su flor—,
que desapareciera, sin saberlo, una tarde
sepultado su cuerpo por los escombros
implacables de un techo,
sepultado su cuerpo por los escombros del dolor.

Apodaca

Todavía despoblada,
brillando en el corazón sin habla
de la peregrina,
entro hacia tus corrientes
sumida por ahora bajo las presiones
de un golfo mudo
que toca el fondo de las islas.
Un mono pequeñito
asoma sus ojazos de lechuza intranquila
y acecha en la penumbra la sombra de la Reina;
monito vivaz
como un colibrí chiapaneco.

Y un gavián levanta vuelo.

Transcurren las horas
como un agua tibia que saltara entre piedras,
ante cada puerta vieja,
ante cada umbral de humo,
entre vitrales cenicientos y rejas escondidas,
destartaladas,
enrojecidas por el sano viento del Prado.
Y rueda la mañana
para que esta peregrina vaya recorriendo
la estrecha y larga calle habanera que llaman

Apodaca

Peñalver 52

El fondo oprimido de las piedras,
que no son piedras
sino arenilla y musgo polvoriento,
descansa sobre la pátina sideral de los alambres
entretejidos como en un trapecio de circo pobre
aproximándose en cámara lenta.

Hay un paisaje frente a mis ojos,
como después de una batalla,
que pone mi cabeza en esta vida,
en estas paredes
traspasadas de humedad.

Son unas manchas prietas, parduscas, negras,
acorraladas por aguaceros de cemento infinito
transcurriendo sobre el espacio amado.

Hay un paisaje frente a mis ojos
cuando aspiro la atmósfera de cuatro siglos
y un coro de claves entra en mi ensueño
sobre la carcomida piel de los lagartos del portón
donde aletean algunas aves, piando,
volando, hacia lo alto de la mañana.

Hay un ánimo limpio entre los cables colgantes de Peñalver 52
—indecisos, atónitos—
que pretenden ser arcos
perfectos de la ciudad dormida.

Ciudad mía, mi ciudad
de todas estas lunas y mil amaneceres:
¿cómo puedes respirar todavía
y acoger en tu seno
esas aves que bajan de los cables,
sembrándose en tus bordes,

clavándose en mi pupila fija,
entre el montón de ráfagas
con que el viento te toca?
Un polvillo amarillo,
fugaz, falaz,
te elige entre todas las princesas posibles.

Un gato pequeño a mi puerta

Fue una lluvia inesperada
saltando sobre los cristales del ventanal.
Unas gotas, con su golpe de furia,
penetraron las pupilas del gato.
Un gato pequeño, despertándose,
a mi puerta.

Cotorra que atraviesa Manrique

A Chiki Salsamendi

De súbito, una cotorra mínima
va a desplazar su pico por la calle Manrique
y la despavorida, ronronea, dando palos de ciego,
tal vez buscando algún destino.
Los verdes y los azules de su cuello
estallan frente a las zanahorias,
el berro y las lechugas.
Dos negras se aproximan,
desde la multitud,
en un vaivén de hamacas vivas,
columpiadas por el viento del Golfo.
Un vendedor de periódicos
apenas puede pregonar,
absorto ante el fulgor de la cotorra
y la belleza natural de las negras.
La calle Manrique es un boceto de Landaluze
y se detuvo el vendedor
como alguien que acaba de descubrir todo un zoológico.

Parque Central, alguna gente

3:00 p.m.

el que atraviesa un parque en La Habana grande y floreciente
con mucha luz blanca mucha luz blanca
que hubiera enloquecido el girasol de aquel Van Gogh
con luz blanca que llena los ojos de los chinos
de los chinos fotógrafos

el que atraviesa un parque y no comprende esa luz blanca que
se repite casi

el que no entiende de esas horas
da todos los rodeos innecesarios y todas las vueltas
alrededor del Parque Central de La Habana
el que atraviesa un parque con árboles sagrados
el que pasa con los ojos abiertos y cerrados
amando el golpe de la Revolución en los ojos
el golpe que se lleva en los ojos y en la cintura
el que sostiene de esa luz puede que sepa de la noche y el vino
porque en los parques y en este que es central el de La Habana
los viejos se sientan en un banco encienden un tabaco
se miran y conversan
de la Revolución y de Fidel

los viejos que ahora permanecen en un banco y toman
el sol y toman el sol y toman el sol
para nadie es secreto
allá van dos hombres y una cartera vieja destartalada
una mano regordeta un grito con un sombrero gris
los viejos que se ven al lado de una estatua
del apóstol Martí en 1966 en diciembre de 1966 acabándose
el año y esperando

«el aniversario de la libertad y rindiendo homenaje a los mártires»
sí
a todos los hombres que murieron del pueblo y su sangre
para tomar el sol de la tarde en La Habana Cuba territorio libre
de América
el que atraviesa en esa forma el parque este mundo la vejiga
de la Revolución
tiene que suspirar
y andar despacio y respirar
y andar ligero y suspirar y respirar y andar despacio
y dar toda la vida

rabiosamente

compañeros

Círculos de oro

Cantan las aves en la mañana,
sobre el techo de la iglesia meditaabunda
pero nadie las escucha a las aves tranquilas
sino el explorador que bajó de las montañas
después de la lluvia. Andar y andar,
atravesando los pastos húmedos,
es una forma de conocer el ambiente
de este pueblo extraño donde las calles
son círculos de oro traídos de la alta mina.
Andar y andar, después que los relámpagos
trajeron su verdad hasta las raíces del almendro en flor.
Oímos todavía el canto bendito de las aves
en la mañana
pero hay unos forasteros, que son soldados,
con sus fusiles en ristre a punto de disparar
sobre la luz del vuelo emprendido por las aves
que cantan en la mañana.
Andar y andar del amigo que contempla
la escena asaltado por el azoro más indescrípible.
Disparan sobre el vuelo azul de las aves
los invasores impunes con sus cascos feroces
y sus fusiles hambrientos de sangre inocente.
Andar y andar, y no comprender nada
sino el derecho de las aves a cantar
y el derecho de los paseantes a escucharlas.

Trofeos

I

Ni áspid ni una luna menguante,
mis trofeos de otras eras,
sino una lata de caldo gallego ALBO (*vegetable soup*),
otra lata de leche (entera) evaporada
BELLA HOLANDESA,
una linterna, dos quinqués,
una *emergency light 20W gama-sonic*,
una fosforera ahíta de gasolina burda,
unas inmensas velas de Fort-de-France sin candelabro
alguno... Este es mi parterre.
Vengo con una mariposa entre los dedos
y un sonido de abejas en la piel.

II

Un espejo, quizás.

La mujer se sentó ante un espejo
y alrededor de su cabeza
revoloteaban pájaros
y las luces mortecinas de la ciudad.

En el espejo
había un pan sobre una mesa
y un farol chino que alumbraba dos libros.
El corazón de la mujer
alivió a los enfermos.

III

Tengo un pan
y algunas luces simples en la noche.
Tengo un libro
y una rosa esmirriada entre las manos.
Tengo todos los vientos
y una precisa voz para los prisioneros.
Tengo una isla poblada
y ningún barco, ningún fantasma ajeno,
la podrán disolver
entre las aguas.

IV

Escribir el nombre del amor.
Escribir el nombre del hambre,
el nombre de la espera y el tumulto.
Escribir el nombre de los dioses
y el nombre de la guerra.
Gritar los nombres de los muertos
y despoblar las prisiones.
Amar la creación hasta la muerte.
Soltar amarras y volar.
Aprender a ser niña.
Necesitar dudar.

V

Palabras

Para ana justina

pan agua y los vientos
Schomberg contra la piedra
tardíamente tarde

VI

Tu nombre fijo sobre un papalote
como una cantiga

que vuela
sobre los tejados.

Como un papalote
viaja el corazón. Yo necesito un papalote con luna.

Ballagas, dime,
¿cómo verías la campiña en los llanos
y los tinajones ampulosos
que yacen en los patios de Camagüey?
La brisa de los limoneros llega
hasta Ciego de Ávila,
allá donde mi padre se baña en la turbina,
en una turbina de aguas prohibidas por Tito Morejón.
La brisa de los limoneros para un poeta de ciudad grande.
Hubo un temblor de pastores amigos
atravesando el prado provincial.
Pero tú y yo, Ballagas,
añoramos las arenas del mar,
las playas remotas y el salitre inhumano
de los mares del sur.

VIII

La lluvia despejando al viento,
perdiendo lluvia.
Un vaso de agua junto a la ventana.
Y las palabras cruzadas desde lejos
caen en mí como piedras.
Es esta lejanía la que se agiganta entre las venas
y nos lanza a la modernidad, a la noche,
a la desesperanza.
La lluvia perdiendo, al fin, su rumbo.
Lluvia perdiendo lluvia.
Lluvia cayendo en la memoria
de donde no estamos ni estaremos.

IX

Divertimento

Como le gustaría a Rafael Alberti

(para guitarra)

Entre la espada y el clavel,

amo las utopías.

Amo los arcoíris y el papalote

y amo el cantar del peregrino.

Amo el romance entre el oso y la iguana.

Amo los pasaportes: ¿cuándo dejarán de existir los pasaportes?

Amo los afanes del día y las tabernas

y la guitarra en el atardecer.

Amo una isla atravesada en la garganta de Goliat

como una palma en el centro del Golfo.

Amo a David.

Amo la libertad que es una siempreviva.

Balada del amor perdido

Sus ojos ya no tenían
el color ámbar de los sueños.
Ni su boca el aire amanecido
para cantarles a las columnas de la ciudad.
Yo esperé en vano su sonrisa
y miré hacia el puente como si dibujara
sus hierros sobre un óleo holandés.
Caminamos sin rumbo solos
y fuimos escuchando las mismas melodías
envueltos en una espuma sacra
que nos juntaba a pesar de nosotros;
fuimos, sin darnos cuenta, soplando las cenizas
de nuestro antiguo amor
ahora convertido en aplausos, saludos, cifras
y en un camino sin final, indescriptible,
que me condujo a este poema.

Pareja negra

Pasos en el océano
con ansias de baobab,
desde las aguas turbias
que ya no son azules;
pasos que nos alzan su voz,
más allá de la espuma.

Hombre y mujer,
sobre el océano,
entre los aires mismos
de la nada,
de su alma acostumbrada
al vaivén de los ríos,
a la carne sonora
de su ébano,
a la flácida luz
del monte umbrío
que los entorna
en su torno infinito.

Mujer y hombre
lado a lado
del bosque o la montaña,
del maguey a la luna,
con lanzas en los labios,
con el ojo de buey
entre las manos,
con un manto elegíaco
para cada pupila,
con un árbol de paz,
entre los dos.

Enjambre

*Bajo las claridades de la mañana,
vi el árbol frondoso de la Creación,*
decía el poeta antillano
en la noche tan fría de su retorno a casa.
El niño, en su sueño, esperó otras palabras.
El vapor de los puertos cae ahora.
Sube al monte.
A la montaña.
Desbroza la manigua seca.
Entra a las cuevas húmedas de estalactitas.
Y los ramos de helechos adheridos
a los muros ennegrecidos de la cascada.
El salto de Soroa frente a la boca del Caribe.
Filas de curiosos rodean la ladera rocosa.
Un extraño olor a eternidad se pierde en la naturaleza.
Ninguno recordaba su infancia.

La atmósfera era tan brillante.
La vida estaba tanto en la atmósfera que era un crimen pensar.
Estar allí y desear las lagunas,
las aguas y ese aire que corre y cae
devolviéndonos la fiesta inaugural de la vegetación.
En la ventana de mi casa,
bajo las señales del mediodía,
veré la esponja de mar,
la línea oscilante del múrex
que el amor más hermoso encontró alguna vez sobre la arena
y abandoné sin miedo, para siempre.
Así fue como reverdecieron las buganvillas lila,
los álamos, los dardos y las flores de pascua,

los suspiros y esas espinas más gigantescas aún
que el propio tiempo.
Dicen que a su morada
hará su entrada Ochún,
toda cubierta de miel y mariposas.
Veré el enjambre revoloteando sobre nuestras cabezas
y cargaremos el olvido hasta el río más cercano...

Renacimiento

Hija de las aguas marinas,
dormida en sus entrañas,
renazco de la pólvora
que un rifle guerrillero
esparció en la montaña
para que el mundo renaciera a su vez,
que renaciera todo el mar,
todo el polvo,
todo el polvo de Cuba.

Tinumí

Para Agustín y Nilorta

Al amanecer, viene la abuela Tinumí,
buscando jícaras pequeñas
para dejarlas,
en una pausa interminable,
en su cadencia sabia y rumorosa
como el río Yumurí, al final de los patios
donde el almendro da sombra casi siempre
a los viejos cuenteros.

Llega la abuela eterna y, con ella,
vienen, desde aquel puerto de Gorée,
el picotear de las gallinas,
el trino de los gallos como un amparo transparente,
sobre sus sayas de siete colores...
Y sus manos, cubiertas de pétalos y miel,
van recorriendo el rostro de Choco,
la niña hermosa, amada y viva,
que hizo un alto en el portal para jugar a la rueda-rueda
mirando, por encima de las cercas,
el paso terco de las olas en la bahía,
altas, hirvientes,
y el canto de los matanceros alzándose
en los arcos azules del verano.

Monólogo del pescador

De niño, yo siempre soñaba con peces. Que venía un *chicherekú* y me los arrancaba de la mano después que tanto trabajo me había costado llegar al fondo mismo del río, llenito de piedras, allá en la desembocadura que iba a parar a la mar. Todo el mundo decía «pez de agua dulce se va entre las manos». El pez de agua dulce se escurre como el conejo en el monte y deja una línea fosforescente que nunca se te olvida. Cómo quise coger biajaibas y nunca lo conseguí. No me importaba si eran de mar, si eran de río. Yo quería pescar peces, sacarlos del agua con mis propias manos, mientras iba nadando. Y en el camino, de la orilla a mi casa, hablarles de mil cosas, que me contaran ellos las travesuras de los *chicherekús*. Cosas de muchacho. Y ya ustedes ven, al final, creo que mi sueño se ha cumplido.

Mujeres nuevas

La flecha ecuatorial
perdida aún bajo los párpados.
Flores silvestres en el pecho,
quemadas por todos los salitres del mundo.
El trino del gallo en la montaña.
El silbido del humo en la ciudad.
Y sus manos, que vienen de muy lejos,
desde remotas eras,
amasando la sustancia reciente
que nos hace vivir
entre el mar y las costas,
entre los peces y las redes,
entre las ventanas y el horizonte.
Estas mujeres van alzando,
marchando,
cosiendo,
martillando,
tejiendo,
sembrando,
limpiando,
conquistando,
leyendo,
amando.
Oh, simples mujeres nuevas
simples mujeres negras
dando el aliento vivo
de una luz nueva
para todos.

El loto y el café

Es la misma ciudad, cuando la noche va a caer,
aparecen dos esclavas muy viejas, apertrechadas
en la volanta de su ama, con loto del Oriente
y café de Santiago. Las dos esclavas están
en el vehículo, y sin embargo necesitan el sol,
necesitan el alba. Una, va a descender de la volanta
porque quiere mirar a las estrellas.
La segunda, prefiere caminar hasta llegar a la plaza más vieja

Merceditas

(A la memoria de Merceditas Valdés) para Luis Carbonell

Mírenla como va de amarillo
igual que el girasol
y la yema
y el trigo.
Colibrí perfumado
va su pie diminuto
bordando el adoquín
adormecido.

Mírenla como va
cantando a solas
en un barquito
de miel y calabazas.
Y las abejas desoladas
dibujando su rostro
renacido.

Merceditas
—grita la luna blanca—.
Merceditas
no es una sombra inesperada
no es una sombra nunca
ni es un sueño
sino una voz recién cortada
pero qué voz,
pero qué sombra.
Qué sueño entrecortado.
Merceditas
—vuelve a gritar la luna blanca—.

Mírenla como va de amarillo
igual que el girasol
y la yema
y el trigo.
Colibrí perfumado,
va su pie diminuto
bordando el adoquín
adormecido.

Montada sobre un pavorreal de espumas
va cabalgando sobre Cuba.
Mírenla bien.
Mírenla aquí
en su coral de soles fijos,
en su coral de plumas sacras,
en su fulgor de alcoholes sabios,
en su esplendor de pulseras dormidas.
Merceditas
—grita la luna enardecida—.

Mírenla como va de amarillo
igual que el girasol
y la yema
y el trigo.
Colibrí perfumado,
va su pie diminuto
bordando el adoquín
adormecido
y un manto de oro fino
cayendo para siempre
entre las aguas breves del río.

Cantares

Desde el cantar de los cantares
muchos quisieron confinar la poesía
pero el cantar de los cantares
y el ulular de las jirafas en la jungla
la salvaban, la acariciaban,
la traían suavemente de la mano
hasta depositarla en el segundo más fugaz de hoy.
Buscando la verdad,
la poesía fue creando la más antigua errancia.
Y vagó sola durante muchos siglos,
por los siglos de los siglos,
desde el cantar de los cantares.
Nadie la pudo contener.
Ninguno pudo hacerla suya.
Nadie siquiera logró domesticarla.
Ninguna la pudo interceptar,
sólo el pájaro azul de la mañana.

Ámbar

Entre un jardín y otro jardín
la música del ámbar
sencilla, luenga, atávica.

Entre las águilas y la pirámide
las redes fijas del ámbar,
sutiles, ciertas, deleitosas.

Entre la miel y la campana
la suelta risa del ámbar,
como ave transcurrida
en su maternidad.

Caligrama para bailar

Llegué, llegué.
Asomé la cabeza:
vi a los del baile
bailar, con fiebre.
Ondas del sueño en las caderas
a ver qué sale.

Después de todo
viene tan bien la diversión,
y la cerveza fría...

Los Sitios, 1973

Sueño del pescador

El pescador sueña con traer anémonas
hasta la arena y, desde allí,
lanzar sus redes para atraparlas.

La espuma canta,
el remo salta y el barco pasa
sin su canción.

Las redes regresan a la orilla
y, en vez de anémonas, atraparón tus ojos.
En vano el pescador alza las tuyas
y las devuelve hacia el fondo del mar.

La espuma canta,
van saltando los peces
y el barco pasa sin su canción.

El Cerro, un 15 de enero del siglo XXI

Calibán, y Roberto, sobre un caballo de La Víbora

Unas palabras exactas
vierten su pura verdad en un catauro isleño
y solo aspiran el rumor, esa limpia pasión por el idioma.

Frente al mar, Calibán baja la cabeza
mientras acepta el aguacero
ante su único amor.

El poeta joven descubre al tomeguín,
anclado sobre la frente de su hermano Manuel,
sobre la antigua arena de los sueños.

Calibán llora ante las naves de Odiseo
y, ante la cierta luz de una mujer, tiembla
como esos cervatillos que le entregara
«la que hiere de lejos», bajo el talón de Aquiles.
Roberto, libre, junto a su propia sombra,
deambula en su palacio cotidiano,
mientras busca la puerta de salida
hacia otra nueva posibilidad.

Roberto, libre, como nunca jamás.
Los astros, en lo alto, buscan su transparencia
frente a las colinas:

Las torres, levantadas.

Un cántaro, a lo lejos, empuña la flor de veinte siglos:

La palabra vieja es el inicio de la vida.
La palabra nueva es el inicio de la muerte.

Las palabras son madre y padre y ventura
de los trotamundos. Calibán las escucha
y las toca.

Calibán las comprende, y las abraza con ternura,
junto al temblor del niño aquel
montado, en su inocencia, en su palabra
pura y audaz,
sobre un caballo de La Víbora.

El Cerro, 2 de agosto, 2016

Premonición

Una campana, a lo lejos,
llama a los muertos,
sin miedo.

Y una fronda de agua
se escucha allá,
a lo lejos.

Esa campana dobla por un yo sin medida
cuyo anhelo es tenderse
en lo alto de las copas y de los árboles,
junto a la base del río.

Viejo río, vieja flor,
viejos andares del peregrino
que va de norte a sur,
de sur a sur,
del Todo al corazón de los rincones.

Un *cante jondo* talla la noche.

Pero también un grito de rebaño encantado,
una cox, un cielo, un pergamino,
un viento oscuro entrando por la ventana rota
de un hospital, este hospital
construido en la punta de una colina antigua.

Mi madre huérfana echó a andar.

Se va mi madre huérfana.

Mi madre huérfana se ha ido.

El momento más grave de la vida

Una mujer decía:

—El momento más grave de mi vida ocurrió cuando la mano fiel de Rosa, la bayamesa, no pudo detener la hemorragia de un mambí degollado a mansalva en los campos de Duaba, sobre arena de mar.

Otra mujer clamaba:

—El techo de mis hijos anda volando porque subieron las mareas cuando aquel huracán de octubre limpió los pisos de madera en Maisí, por sorpresa.

Y otra mujer decía:

—El arroz y la caña nos ahuyentan el hambre a toda hora.

Y aquella esclava amordazada:

—El momento más grave de mi vida fue allá en la manigua cuando no pude cabalgar para subir al palenque más próximo.

Y otra mujer cantaba:

—La soledad no existe en la penumbra, no.

Y aquel poeta cuya amada estaba hecha de «junco y capulí» confesaba:

—El momento más grave de mi vida fue mi prisión en una cárcel del Perú.

Su poesía sigue dando aletazos contra los fuegos artificiales del idioma.

Yo escribí en su nombre, muchos años después,

Fue quizás mi primer momento grave,

allá por los sesenta,

el más grave de mi vida en un silencio abrumador.

Otra mujer llorando dijo:

—El momento más grave de mi vida seguirá vivo

entre las calles de humo, ayer, en Qana,

o entre los cielos llenos de humo, mañana, en el poblado de Alepo.

La Habana, 16 de abril, 2009

Niña saliendo de Guinea

Cambiábamos de país, como de zapatos

BERTOLD BRECHT

Tengo ocho años.

Nací en Guinea, como mis padres.

Me quedé dormida esperando el avión

y nunca más los volví a ver.

Íbamos rumbo a Nueva York

sin pasar por Tierra-Firme,

sin cruzar el Tapón del Darién,

sin caminar sobre las aguas del Río Bravo.

Me quedé dormida y, cuando desperté, ya mis padres no estaban.

Vi luces de neón y recorrí todas las salidas del aeropuerto.

Tuve hambre por la mañana en la puerta 7.

Tuve hambre por la tarde en la puerta D36.

Tuve hambre por la noche en la puerta C22.

Tenía hambre y sed.

Al lado, vendían quesos envueltos con jamón del diablo.

Comí dos.

Al otro lado, había una tienda donde vendían

tennis y *jackets* perfumados.

Sin darme cuenta, reposé en los asientos muchas horas.

Dormí como un lirón.

Me quedé dormida... sin saberlo.

Me despertó un señor vestido de uniforme:

«¿Dónde están mi papá y mi mamá?
Pensé que usted vendría a darme noticias».
«¿Dónde están papá y mamá?», le volví a preguntar,
casi rendida.

Tengo ocho años y nací en Guinea.

El Cerro, 1ro. de enero, 2024

Qana

Oh dios si existes

No he dudado de tu existencia

Esa pregunta,
lanzada al vórtice de los vacíos,
es un gorrión con las alas quemadas;
como una gruta sorda
por donde caminamos, sin rumbo,
hasta que el cuerpecito ensangrentado
de una niña inocente
impide el paso

Luego,
hay un sonido atronador que nos lleva
hasta un letrero que dice QANA

Oh dios si existes

Cómo podrías explicar
tanto sadismo, tanta crueldad, tanta aberración

Es alucinante ver la sangre de una niña brotar

La sangre de una niña yerta, yerta, yerta
Su mirada, agua de alondras, yerta
Brotó la sangre
de su cabeza y de sus piernecitas

Oh dios de todos los días

Cualquiera que fuese tu nombre o tu pasado o tu origen;
dondequiera que hayas reinado o sufrido;

dondequiera que te hayan rendido culto

Ven a calmarla

Ven a mitigar su dolor y mi espanto

Ven y acúnala en tus brazos,

Ven en su auxilio porque mis lágrimas no pueden hacer nada,
ni mis ruegos, ni mis versos inciertos.

Haz posible la cordura entre los hombres y sus familias,

entre las mujeres y sus familias,

entre las niñas y los niños y sus familias

desencontradas o encontradas

de todo el orbe

y que los culpables de estos crímenes paguen por ellos.

Ojos locos

Mi madre entorna sus ojos locos,
echando un vaho de sangre,
cuando le cerraron las puertas
de la Escuela Normal de Maestros de La Habana,
un día,
con argumentos falsos que no eran otros sino su origen
y el color de su piel. Las puertas se cerraron
tras ella y ella dejó pasar la infamia,
—agua prieta de caimanes—
con una sonrisa suave, siempre descreída.

Y mi madre corría bajo la luna de los montes,
sin que el rebaño la encontrara
hasta llegar al mar,
con sus ojos expertos de china excepcional,
regresando a su país,
como su abuela incógnita de Cantón o Macao.
Un misterio aún para nosotros.
¿Quién sabe? ... Pero mi madre,
vuelve a entornar
sus ojos chinos, todavía asombrados,
esta tarde habanera.

5 de abril de 2025

Hernández

Soy Hernández, ni Miguel ni José.
Soy Hernández
como Angélica Hernández.
Mi apellido es Angélica.
Mi apellido es hispano
y cantó sobre una ría
desconocida, ignota,
vuelta una esperanza de la tierra.
Mi apellido es memoria.
Mi memoria es sonante
entre las plazas medievales.
Mi apellido es una catedral suntuosa
y un orfelinato de cal...
Mi apellido es Hernández.

Un 29 de octubre del siglo XXI

El agua buena de todos los días

El agua siempre es buena
y será motivo de guerras interminables.
El agua será nuestra frontera:
¿seguirá entonces siendo buena?

El agua, al final del siglo, nos alcanzará
y vendrá a beber, en nuestros cuerpos,
de nuestras bocas secas.

Los mercaderes intentarán venderla.

Nadie tendrá al agua nuestra.
Nadie siquiera podrá tocarla.
El agua es siempre buena
aunque se escape.

El agua de la montaña
y de los ríos
y de los cielos
y de los mares encrespados
y de la lluvia
es toda nuestra,
será
siempre
nuestra...

Por los siglos de los siglos

El agua toda
sobre los cuerpos.

El agua toda
sobre las piedras
hacia el camino de los pastos,
al de los animales,
al de la boca del mundo
y de la nuestra:

El agua buena de todos los días.



PIERROT Y LA LUNA
DIVERTIMENTO

Este poema dramático fue escrito un 31 de diciembre de 1990. Fue publicado en la revista *Homines*, San Juan, Puerto Rico, vol. 15, núm. 2, vol. 16, núm. 1, octubre 1991- diciembre 1992, pp. 309-315 y en la revista *Afro-Hispanic Review*, vol. 15, num. 1, [número especial dedicado a Nancy Morejón], Spring 1996, pp. 56-59. Además fue incluido por César López en su antología *Arpa de troncos vivos*, Granada, ed. Alcaldía, 1999, en homenaje a Federico García Lorca.

PERSONAJES

LA MUCHACHA

PIERROT

LA LUNA

BUSTER KEATON

La acción transcurre en la isla de Manhattan.

Rascacielos, el espacio que media entre la Vía Láctea y el sonido de flautas y guitarras.

Se escucha un aire de violín quebrantado, sumido en una melancolía clásica, sin apellidos.

La muchacha y Pierrot están acodados sobre un puente, contemplando una antigua torre inglesa.

LA MUCHACHA

Pierrot, ¿qué hora debe ser ya? Hemos mirado tanto el paisaje de la ciudad desde este puente, y hasta el atardecer, que no sé cuánto tiempo ha pasado...

PIERROT

(Con un tamborcillo a cuestas y un poco arrumbado). Te olvidas de que soy solo Pierrot y no tengo noción del tiempo. No sé nada del tiempo.

LA MUCHACHA

(Sacudiendo la cabeza.) Tienes razón. Perdóname. *(Pausa).* ¡Qué viento tan hermoso cruza entre tú y yo! ¡Qué noche espléndida, Pierrot! *(Pausa).* ¿A quién buscabas cuando te encontré?

PIERROT

Buscaba un arcoíris en cuyo centro hubiera un bello pájaro de luz que me condujera a ese mundo innombrable de sombras y misterios. Pero estamos en una selva de rascacielos.

LA MUCHACHA

Pierrot, mira. (*Señala hacia un punto indefinido de las alturas*). ¡La estrella de la tarde! Está sobre nosotros ahora. Pierrot, mira cómo va corriendo hacia la luna... (*Pausa*). ¿Quién estuviera allí? (*Abraza a Pierrot, suspirando*).

PIERROT

No sabes que no tenemos que ir hasta los cielos para sentirnos bien. Yo soy un Pierrot, y como buen Pierrot, amo la luna. La luna es mía y se aparece adondequiera que voy. Ven, voy a mostrarte una cosa. (*Se pone el tamborcillo delante y con dos baquetas comienza a redoblar*).

LA MUCHACHA

(*Mueve sus cabellos en señal de contentura y gratitud. Igual que Pierrot comienza a dar saltos al compás del tambor. Cesa el tambor y canta*).

BALADA DE LA MUCHACHA

*Yo me estando reposando,
durmiendo como solía,
un sueño soñaba anoche
contra la muerte dormida.
Las puertas se me cerraban
y las puertas se me abrían
cuando vi entrar a una dama
por los palacios del guía.*

Iba vestida de blanco
cuando abrió la celosía;
iba como un ermitaño
buscando casa y comida.
Me rogó que la atendiera
mientras bordaban las ninfas:
*Si no me abres esta noche,
ya no me abrirás, querida.*

PIERROT

(Vuelve a tocar con entusiasmo). Vamos, muchacha; vamos. ¿No te imaginas que te haré traer la luna? *(Cesa de tocar).*

LA MUCHACHA

(Se sienta a tomar un poco de resuello). Pierrot, ¿qué mentiroso me has salido! ¿Cómo vas a hacer para traerme la luna? ¿Cómo la vas a colar por entre tantos ríos y tantos rascacielos?

PIERROT

(Con orgullo). Mi luna es muy especial. Ya lo verás, muchacha. *(Se pone las manos alrededor de la boca y vocifera).* ¡Eh, tú, luna, allá arriba! ¡Te necesito ahora aquí conmigo! *(Declama).*

Luna de los sueños míos,
de mi infancia inolvidable;
ven con tus aires amables
a guarecerte en los míos.

(Pausa). Soy Pierrot. ¿No me recuerdas?

*La luna inicia un viaje desde las alturas y desciende sobre el puente,
junto a Pierrot y la muchacha.*

LA LUNA

Pierrot, mi querido Pierrot, ¿cómo has podido pensar de esa manera? Aquí estoy para ti y para la muchacha. Te traigo la luz de mis amigos, ¿te acuerdas?, los pintores impresionistas. Ellos te añoran tanto... sobre todo Renoir cuando se tiende sobre la hierba a la orilla del río y entonces bajan los fantasmas desde sus castillos embrujados a pedirnos piedad. Pierrot, traigo una luz impresionista para esta muchacha sana y fuerte, bella y sensible como una flor cualquiera de los prados. (*Pausa*). Dime una cosa, Pierrot, ¿dónde es que estamos?

PIERROT

(*Haciendo una reverencia*). En Manhattan, señora Luna. (*Canta su balada*).

BALADA DE PIERROT

Debajo del puente, Luna,
debajo del puente, no.

Al pie de los rascacielos,
cerca del puente, mejor.

Hoja verde, tú.
Hoja seca, yo.

LA LUNA

Dime, Pierrot. ¿Dónde estuvo el poeta de Granada que hablaba con las dalias y las margaritas mientras clamaba por las cenizas de los negros flotando en el corazón de los sauces del Mississippi...? Hay que dar con Buster Keaton pronto, para que nos diga...

La muchacha interrumpe.

LA MUCHACHA

En uno de mis sueños, conocí a Buster Keaton. Dimos un largo paseo por el puerto y el olor a pescado nos hacía tan felices. No recordábamos ni nuestros propios nombres. Su figura era larga como el paseo y translúcida en la noche de las luciérnagas. Después de mucho andar por callejones sin salida, Buster Keaton se enredaba en los desperdicios y los fuegos fatuos de la ciudad; y mientras devoraba una manzana siempre verde, se quitaba el bombín y movía la cabeza, un poco desilusionado, cuando pasaba, invariablemente, aquel viejo comerciante de Wall Street. Entonces susurraba en mi oído: «Muchacha, cuídate mucho; los elefantes son contagiosos». Y se iba perdiendo en la bruma de las alcantarillas hasta llegar, como suele decirse, a la Vía Láctea desde donde irradiaba un esplendor patético con su sonrisa entristecida. Luego, venían hordas de gatos que maullaban de hambre en cada esquina todas las noches. ¿Dónde estará nuestro querido Buster Keaton?

LA LUNA

Sobre la estrella de la tarde. Bogando sin parar en una balsa hecha de troncos del sur y comandada por el sabio poeta de Manhattan que lo llamaba «Mi capitán, oh, mi capitán» y le cantó a la isla sin tregua.

PIERROT

(Hace un aparte con la Luna). Luna, escúchame. Tengo algo que decirte. Esta muchacha está de paso y de prisa en la ciudad...

LA LUNA

(Lo interrumpe, burlándose). Y ¿quién no está de paso y de prisa en esta ciudad, Pierrot? *(Ríe).*

PIERROT

Lo que quiero decir es que su tiempo es corto...

LA LUNA

(*Aconsejándole*). Todo tiempo es corto, Pierrot. ¿No te habías dado cuenta?

PIERROT

(*Dice que no con la cabeza. Molesto*). ¿Me dejarás hablarte, chica?

LA LUNA

(*Aguantando la risa*) Habla, Pierrot. Habla. Soy toda oídos.

PIERROT

No sé lo que es el tiempo. Ni entiendo el sistema de la Estrella Polar, ni el de los cometas, ni el de los espejos de agua, o los volcanes de la Tierra, o las constelaciones. Solo quiero saber si la muchacha se quedará conmigo en este puente, ahora, para siempre...

La luna no contesta. Pasa la acción a la muchacha que aguarda, pensativa.

LA MUCHACHA

(*Para sí*). Pierrot, mi amor; Pierrot de mi ilusión... Vamos a huir hacia el edificio más alto de la ciudad y en su azotea decidir qué estrella será nuestra casa inmediata.

PIERROT

(*Inquieto*). Dime, anda, dime qué hacer. La muchacha me está esperando.

LA LUNA

Ven. Vamos a su encuentro. (*Toma a Pierrot de la mano y se sientan junto a la muchacha*).

PIERROT

(*Se arrodilla ante la muchacha*). Muchacha, quiero subir y volver a subir hasta encontrar ese instante entre el violín y el arco que nos hará reinar sobre esta selva de rascacielos. A la sombra del poeta de Granada. Estoy aquí, amada mía, para abrigarte y emprender nuevo rumbo, los dos hacia rutas desconocidas.

LA MUCHACHA

(*Abraza a Pierrot*). Te quiero, Pierrot.

PIERROT

Yo te quiero también.

LA MUCHACHA

Pierrot, eres mi amor.

PIERROT

Yo soy tu Pierrot.

LA MUCHACHA

Tu cara me enternece.

PIERROT

Tu cabello de aurora es mi ternura.

LA MUCHACHA

Oh, mi Pierrot, el amor es un canto.

PIERROT

Oh, muchacha del puente: el amor es un palacio real, con su torre y su alfil y su victoria. O es también una estrella.

LA MUCHACHA

LAMENTO DE LA MUCHACHA EN MANHATTAN

Quien me trajo a esta ciudad
nunca volvió a bendecirme;
sólo supo convertirme
en una triste beldad.

Quien alimentó mi boca
con algas y enredaderas
hoy deambula con cualquiera
como a quien el cielo toca.

Mar que me conoces,
puerto sin fundar,
allá viene el viento
sin lid y sin paz.

Quien me trajo a esta ciudad
nunca volvió a bendecirme;
sólo supo convertirme
en una triste beldad.

LA LUNA

(*Resplandeciente*). La muerte no podrá nada nunca contra el amor. Como un vino sagrado, el amor no perece. Los amantes, sobre lo alto de rascacielos y colinas amarillas, desconocen la vicisitud y la sentencia de las cosas de todos los días. Los amantes y el vino, el vino y los amantes que voy a bendecir en el corazón de cualquier

época. (*Se dirige a Pierrot y a la muchacha*). ¿Ven aquella torre inmensa, de corte inglés y viejo humo de Londres? Fue la morada de un rey enclaustrado allí por amor, porque se rebeló contra la incomprensión, denunció a sus edecanes y enemigos porque se había enamorado de una muchacha como tu bella muchacha, Pierrot. La corte sucumbió a las intrigas y a la Corona y el rey fue desterrado a esa torre de piedra y musgo.

Pierrot y la muchacha se abrazan. Una luz los baña.

La luna canta.

LA LUNA

BALADA DE LA LUNA

Ave que pasas,
ave que vas
sobre una torre
del palacio real.
Ave que pasas,
ave que vas;
todo lo sabes
sin preguntar.
Ave que pasas,
ave que vas,
el rey me canta
su eterna canción:
tú la devuelves
a mi corazón.
Ave que pasas,
ave que vas
sobre una torre
del palacio real.

Se sienten ruidos de aviones, automóviles, computadoras en función, del ir y venir de una muchedumbre insaciable en busca de amor. Música de flautas, guitarras y banjo.

Pierrot y la muchacha se separan y toman un camino que se bifurca. Vuelve cada cual a proscenio con los brazos extendidos. No se mueven de sus respectivos puestos. Mientras, en el antiguo sitio de Pierrot y la muchacha, bañado en una luz cenital, aparece Buster Keaton haciendo una pantomima con la Luna. Un saxofón entona un blues y Buster Keaton y la Luna, luego de disfrutarlo, hacen mutis. Pierrot y la muchacha se recobran de su quietud. Se dan la mano. Cantan.

PIERROT, LA MUCHACHA Y LA LUNA

BALADA DE PIERROT, LA MUCHACHA Y LA LUNA

Eternamente girando
la veleta de la torre
la veleta de la torre
eternamente girando

La luna encima
con su pez de oro.
El rey sin prisa
junto a su tesoro.

Eternamente girando
la veleta de la torre
la veleta de la torre
eternamente girando.

La luna y su nube azul
me dicen que es de mañana.
Yo tañendo mi laúd:
desnuda tú en la ventana.

Eternamente girando
la veleta de la torre
la veleta de la torre
eternamente girando.

Pierrot, la muchacha y la luna echan a volar.

Telón.

Índice

Restos del Coral Island	9
Mississippi	10
Lago Waban	11
Domingo de resurrección	15
Ante un espejo	17
Ana Mendieta	19
Desilusión para Rubén Darío	22
Alejandra Pizarnik entre lobas	23
Los muertos	25
El tambor	26
Mirar adentro	28
Humus inmemorial	29
Siempre decían	30
Los ojos de Eleggua	31
Elogio de Nieves Fresneda	33
Negro	35
Amo a mi amo	36
Mujer negra	38
Persona	40
Los sueños son políticos	42
Letal	43
Sueño del verdugo	44
<i>Blues</i> para George Floyd	45
Como un nido	47
Entre los sauces	48
Danza del viento	49
Orfeo negro	50
Balada de Emmett Till	51
George Floyd defiende su horizonte	52
Un príncipe negro para George Floyd	53
<i>Somebody</i>	54

Parábola	55
Hablando con una culebra	56
Alexander Cook	57
Madre	58
Presente Brígida Noyola	59
La cena	60
Presente Ángela Domínguez	62
Richard trajo su flauta	63
Un primo	72
El café	75
La silla dorada	76
Nexus	79
Obrera del tabaco	82
Una rosa	83
La noche del Moncada	84
Abril	85
La claridad	86
Alfombra	88
Nunca vi grandes lagos	89
Paisaje célebre	90
A un muchacho	91
Un patio de La Habana	92
Alicia Alonso	93
Pogolotti	94
Escrito, al final del siglo, para una semblanza de Camila	
Henríquez Ureña	96
El verano se fue	101
El sueño de la razón produce monstruos	102
Nélida	103
Apodaca	106
Peñalver 52	107
Un gato pequeño a mi puerta	109
Cotorra que atraviesa Manrique	110
Parque Central, alguna gente	111

Círculos de oro	113
Trofeos	114
Balada del amor perdido	120
Pareja negra	121
Enjambre	122
Renacimiento	124
Tinumí	125
Monólogo del pescador	126
Mujeres nuevas	127
El loto y el café	128
Merceditas	129
Cantares	131
Ámbar	132
Caligrama para bailar	133
Sueño del pescador	134
Calibán, y Roberto, sobre un caballo de La Víbora	135
Premonición	137
El momento más grave de la vida	138
Niña saliendo de Guinea	139
Qana	141
Ojos locos	143
Hernández	144
El agua buena de todos los días	145
PIERROT Y LA LUNA	
DIVERTIMIENTO	147

Pájara de cristal, fósforo y aire
Poemas escogidos 1964-2025
se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Imprenta de la Cultura
Guarenas, estado Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

Buena parte de lo más relevante de la obra poética de Nancy Morejón aparece recogida en esta antología. Poesía que dibuja un detallado boceto de su autora, «pájara de cristal, de fósforo, de aire», como la describiera Roberto Fernández Retamar en los versos que le dedicó. La disposición, en apariencia anárquica, de los poemas que conforman este libro propone múltiples lecturas y nuevos diálogos. La poesía más temprana cobra aquí una frescura inusitada y, junto con los versos recientes, demuestran el verdadero significado de lo que es humana y hermosamente trascendental; lo que distingue a esta poeta como una de las más leídas y estudiadas de Hispanoamérica y el Caribe.

NANCY MOREJÓN

Poeta, traductora y ensayista cubana (La Habana, 1944). Ha recibido múltiples reconocimientos en Cuba y en el extranjero, entre los más notables están el Premio Nacional de Literatura (2001) y la Medalla Alejo Carpentier (2021); la Insignia de Oficial de la Orden al Mérito de la República de Francia y el Premio de Poesía Contemporánea Yari-Yari por el conjunto de su obra en la Universidad de Nueva York (2004), así como, el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de La Habana (2024). En mayo de 2025 fue invitada a ser poeta residente en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Su obra incluye más de veinte poemarios cuyos títulos más recientes son: *Peñalver 51* (2010), *Before a Mirror, the City. Bilingual Anthology* (2020) y *Madrigal para un príncipe negro* (2021). Es miembro de la Academia Cubana de la Lengua, que dirigiera entre 2012 y 2016, asesora de la Casa de las Américas y directora de la revista *Unión*.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

